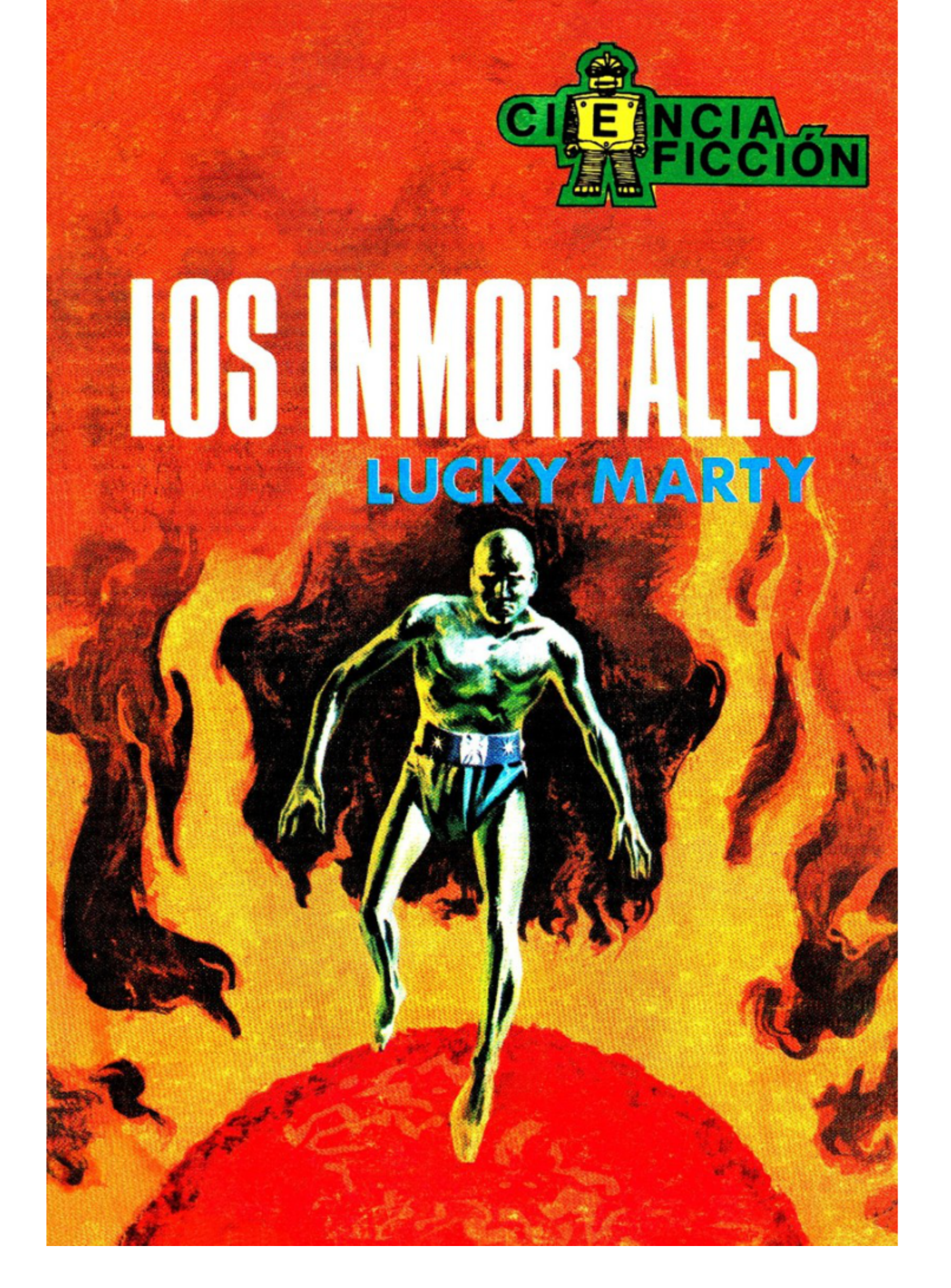

CIENCIA FICCIÓN
E
LOS INMORTALES
LUCKY MARTY

LOS INMORTALES

LUCKY MARTY

LOS INMORTALES

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 15.146 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

«Uno por uno todos somos mortales;
juntos... ¡somos eternos!»

Apuleyo

CAPÍTULO PRIMERO

La persecución empezó a siete mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra, en los mismos confines del Sistema Solar, allá donde el lejano Plutón traza su excéntrica órbita, que tarda en describir alrededor del Sol doscientos cuarenta y ocho años terrestres, con la añadidura de doscientos cincuenta y cuatro días y medio.

El primero en descubrir en la pantalla del radar el objeto no identificado fue el teniente James Redford, copiloto de la astronave «Zolta-6», comandada por el capitán Flint Hansley, que al instante también se puso a observar para calcular la fantástica velocidad a que se desplazaba aquella especie de meteorito que se les venía encima.

El calculador electrónico conectado al radar iba reduciendo la distancia por unidades astronómicas, pero, no obstante, el aparato parecía haberse vuelto loco. Ningún ojo humano era capaz de seguir la lectura de aquellas cifras, y el joven copiloto exclamó:

—¡Es fantástico, Flint! ¡Esa «cosa» recorre en cada fracción de segundo la distancia del Sol a la Tierra!

Materialmente era imposible; suponer que cualquier cuerpo sólido detectado en la pantalla del radar podía viajar por el espacio a más de quinientos cuarenta mil millones de kilómetros por hora, teniendo en cuenta que una Unidad Astronómica equivale, a ciento cuarenta y nueve millones y medio de kilómetros como distancia media de la Tierra al Sol, resultaba absurdo.

Como toda su tripulación, el capitán Flint Hansley sabía perfectamente que un aerolito común y corriente la velocidad máxima que suele alcanzar no sobrepasa los quinientos metros por segundo. Y la comparación resultaba sencilla: aquel meteorito o aerolito no podía alcanzar una velocidad más de diez mil veces superior.

Incluso teniendo en cuenta que allí aquel cuerpo extraño no encontraba la resistencia de atmósfera, su caída no podía ser tan fantásticamente vertiginosa.

Sin embargo, los calculadores electrónicos, no fallaban.

Los aparatos parecían haberse descompuesto y las luces parpadeaban fugazmente, dándoles a todos la impresión de que, de un instante a otro, el «cerebro» de la astronave iba a saltar en mil pedazos. No podían saber si las agujas oscilaban, porque no dejaban de estarcen movimiento: las cifras se sucedían ininterrumpidamente, en un fantástico baile de números que no tenía fin, pero la cinta no dejaba de arrojar los resultados que, pasados en una fracción de segundo, por la computadora, iba mostrando en las cartulinas

perforadas las mismas cifras.

—¡No falla, Flint! —volvió a exclamar el vehemente copiloto—. ¡«Eso» viene de los confines del Universo a más de *quinientos cuarenta mil millones* de kilómetros por hora!

—¡Calla, James! ¿Quieres alarmarnos a todos? — rugió el comandante de la astronave de vigilancia.

Había para alarmarse.

En la gigantesca pantalla de radar de aquella maravilla mecánica, creada por el hombre para viajar por los confines del espacio exterior, más allá del Sistema Solar y sobrepasada la órbita del planeta Plutón, estaban señalados todos los cuerpos celestes que se podían detectar a más de cien mil años-luz.

Pero todos aquellos cuerpos sólidos detectados aparecían en sus posiciones correspondientes. Cada uno seguía en el sitio en que la mecánica celeste, con sus portentosas leyes gravitatorias inalterables, les había trazado el Creador del Universo.

Y ahora... ¿Es que «aquello» era algún planeta de la Vía Láctea que se desplazaba, desprendido de alguna remota galaxia que había perdido su inmutable equilibrio?

Aun siendo así, resultaba ilógico que aquella masa se acercara al Sistema Solar. En su prodigioso viaje, viniera de donde viniese, forzosamente tenía que haber encontrado otros Sistemas Solares capaces de captarla con su poderosa fuerza gravitatoria.

Entonces, ¿por qué seguía su viaje?

La mecánica celeste es inalterable, so pena de no creer en la armonía del Universo y pensar que todo es un caos...

Un terrible, misterioso e inexplicable caos.

Pero no, la moderna astronomía del año 2303 estaba lo suficientemente avanzada y contaba con los poderosos medios necesarios para poder afirmar lo que postulaba.

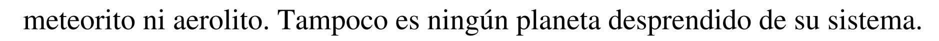
Y según esta ciencia...

—Capitán Hansley...

Flint Hansley miró al veterano astrofísico Alexander Strother Jones. Era el encargado de medir la densidad de los cuerpos celestes y le prestó suma atención, sabiendo que aquel sabio jamás hablaba si no tenía algo importante que decir:

—Diga, Alex — le invitó.

—Como lo ha llamado el teniente Redford, «eso»... no es ningún


meteorito ni aerolito. Tampoco es ningún planeta desprendido de su sistema.

—¿Entonces, Alex...?

—Es un cuerpo dirigido.

Vehemente como siempre, el teniente James Redford apremió al astrofísico:

—Explíquese, Alex. ¿Qué diablos quiere decir?

—Sencillamente, teniente... Que está dirigido por energía propia.

Toda la tripulación que se encontraba en la cabina de mandos del «Zolta-6» miró con ojos extrañados y perplejos a Alexander Strother Jones. Resultaba muy raro que un hombre como aquél, con todo su reconocido bagaje científico, opinase una cosa así, por lo que el suboficial Jeff Marty apremió:

—¡Terminemos! El profesor Strother quiere decir que tenemos «visita» de seres extraterrestres que vienen del más allá. ¿No es eso, profesor?

El paciente astrofísico se limitó a encogerse de hombros, mostrando sus complicados aparatos de medición.

—Bien, compruébenlo ustedes mismos. ¡Ahí tienen mis cálculos, señores!

El capitán Flint Hansley fue a descender de su asiento, cuando la voz del teniente James Redford anunció nerviosamente:

—¡Ha frenado, Flint! ¡Fijaos en las cifras! ¡Va frenando! ¡Y a qué velocidad!

Era cierto: la computadora anunciaba que el objeto extraño seguía acercándose al Sistema Solar, pero ahora a la mitad de su velocidad inicial, cuando por vez primera había sido localizado en la pantalla de radar.

—¡Mirad las cifras! —siguió diciendo James Redford—. ¡Ahora se desplaza a media unidad astronómica!

Aquello representaba otro absurdo.

Nada existía en el espacio exterior que pudiera frenar aquella masa. En todo caso, en la inercia de su caída, al ir acercándose a la órbita del planeta Plutón, lo lógico era que acelerase aún más. ¿Por qué reducía ahora su velocidad a la mitad, casi en cálculo matemático?

Las miradas volvieron a buscar los ojos claros del astrofísico Alexander Strother Jones, que con cierta ironía en su voz, machacó:

—Ya lo dije, señores. «Algo» va frenando ese cuerpo.

—Pero si aquí no hay atmósfera, profesor Strother, no existe roce ni fricción alguna y...

—He dicho «algo», por no decir «alguien», capitán.

El intercomunicador empezó a zumbar insistentemente. La llamada procedía de la Base Espacial Zolta-0 y, al accionar la clavija, el capitán Flint Hansley pudo oír la voz áspera y autoritaria del general Ireland, que indagaba:

—¿Están también detectando ese objeto, capitán?

—Así es, señor. Llevamos con él en la pantalla como unos diez minutos.

—En otras palabras, capitán —siguió zumbando la voz del jefe de la Base Espacial Zolta-0, la más próxima al planeta Plutón—. ¡Que lo van siguiendo desde unos cinco mil cuatrocientos millones de kilómetros!, ¿no es así?

—Algo menos, general, hará unos dos minutos que ha reducido su velocidad a media unidad astronómica.

—¡Y sigue frenando! —anunció por su parte el teniente James Redford.

La voz del general Ireland dejó de oírse para al cabo volver a indicar:

—Bien, establezcan contacto continuo con «Zolta-4», «Zolta-3» y «Zolta-2». Ya he dado órdenes a «Zolta-5 y «Zolta-1» para que se dirijan hacia las órbitas de Neptuno y Urano. Allí, la escuadrilla de la Base Espacial de Saturno se situará para intentar interceptar esa astronave y...

Entrañado, con la angustia en la voz, el capitán Flint Hansley osó interrumpir:

—¿Ha dicho astronave, mi general?

—¡Eso he dicho, capitán Hansley! ¿De qué demonios cree que se trata?

—No tenemos, aún ninguna seguridad, señor. Puede ser una masa que se desplaza y...

—¡No sea niño, Flint! ¡Admitámoslo de una vez! Una masa no frena a capricho su velocidad ni cambia de dirección a su antojo. ¿O es que no siguen mirando la pantalla?

—Sí, señor; pero...

—Bien, ya discutiremos eso. Repito que, si no logra interceptarla la escuadrilla de la Base Espacial de Saturno, lo hará la de Júpiter o la de Marte.

—Me temo que sudarán lo suyo, mi general. A la velocidad que es capaz de desarrollar, no sé si...

—Aún tendrán que reducirla más que lo han hecho. No olvide que están entrando en el campo gravitatorio de un Sistema Solar. De no hacerlo así, la fricción sería enorme y entraría en incandescencia. ¡Se volatilizaría!

Era un buen cálculo del general Ireland. Incluso los aerolitos, compuestos la mayoría de las veces por ferroníquel, con algo de cobalto, fósforo, carbono

y por masas pétreas compuestas de peridoto, piroxenos, plagioclasas, cromitas y otras sustancias duras, se vuelven incandescentes ante la elevada temperatura desarrollada por el rozamiento de la atmósfera.

Y por muy dura y resistente que estuviera construida aquella extraña astronave, venida Dios sabía de dónde, a más de cien mil kilómetros por hora, no podría pasar por entre los planetas del Sistema.

Las órdenes e indicaciones del nervioso general Ireland siguieron sucediéndose, transmitiendo por fin al comandante de la astronave «Zolta-6»:

—Bien, capitán Hansley, estabilice la marcha del «Zolta-6» y continúen observando.

—Lo haremos así, general.

—Otra cosa, Flint...

—Diga, señor.

—Por si le sirve de consuelo a usted y sus hombres, sepan que desde ahora la Historia mencionará el nombre de su nave y el de todos ustedes.

Hizo una pausa antes de añadir, con su voz sumamente áspera a causa de la enorme distancia de la transmisión:

—Ustedes han sido los primeros seres humanos que han descubierto la presencia de otros seres vivos y «civilizados» del Universo.

La palabra «civilizados» la subrayó intencionadamente.

—Y Dios quiera que sean eso... «civilizados»... —terminó diciendo el general con una ligera nota de desánimo en la voz.

CAPÍTULO II

El comandante de la astronave «Zolta-6» estaba dispuesto a cumplir las órdenes del general Ireland al pie de la letra, y sin embargo, tenía sus dudas.

Particularmente, a Flint Hansley le habría gustado seguir al objeto extraño que tanto les alarmaba hasta donde fuera. Era consciente de que, poniendo la «Zolta-6» a la máxima velocidad, tardarían seis años en llegar a la Tierra.

¡Y eso viajando por el espacio a más de cien mil kilómetros por hora!

Era natural, hacía ocho años que habían sido destinados a la Base Espacial Zolta-0, en órbita constante en torno al último planeta del Sistema, y Plutón, en ciertos períodos de su órbita excéntrica, a veces llegaba a estar a siete mil quinientos millones de kilómetros de distancia de la esfera terrestre que les había visto nacer.

En todo caso, a ellos les llegarían las noticias sobre todo aquello por radio. Pero, como les había dicho el general Ireland, la gloria de haber sido los primeros seres humanos en haber detectado un «objeto» venido del más allá de las estrellas les correspondía a ellos.

A través de los altavoces transmitió las órdenes precisas a toda su tripulación, la marcha de la «Zolta-6» quedó estabilizada y, llenos, de zozobra, impaciencia y recelos, siguieron observando.

Y entonces pudieron comprobar que el objeto extraño captado en la pantalla del radar también se había detenido.

—¡Asombroso, Flint! — volvió a exclamar el teniente James Redford—. ¡Está ahí! ¡Se ha parado!

—Deja de exclamar como un niño asombrado, James. ¡Y comprueba a qué distancia más o menos está!

Los sensibles mecanismos de la calculadora astronómica empezaron a funcionar arrojando cifras y datos que al instante volvían a ser comprobados y analizados. James Redford seguía todas aquellas operaciones con ojos febriles y al fin pudo anunciar:

—Exactamente a un año-luz... A nueve billones, cuatrocientos sesenta mil ochocientos millones de kilómetros, Flint...

Flint Hansley hizo una seña al suboficial Jeff Marty, quien accionó el intercomunicador para entrar en contacto nuevamente con el general Ireland. La voz áspera del jefe de la Base Espacial Zolta-0 volvió a sonar autoritaria:

—¿Qué hay, capitán Hansley?

—Señor... Tenemos un respiro.

—Lo sé, Flint: hemos comprobado que se ha detenido a un año-luz.

—Nuestros cálculos también son ésos, mi general. De lo que deduzco que, aunque «eso» viaje a la velocidad de la luz, no llegará a la órbita de Plutón antes de un año.

—Eso es relativo, Flint. No olvide que todo son medidas nuestras, de nuestro Sistema. Más allá, hay energías que desconocemos. ¡Manténganse alerta!

—Bien, señor.

—Otra cosa, Flint... No gaste energía de las baterías. ¡Puede necesitarla!

—A la orden, señor. No entraremos en contacto con la Base hasta que usted nos avise.

—Excepto «Zolta-1» y «Zolta-5», el resto de la escuadrilla se mantendrá con ustedes vigilando.

—Aún no he recibido mensajes de ellos, señor.

—No importa, Flint, ahora están al otro lado de la órbita de Plutón. «Zolta-2» y «Zolta-3» se mantendrán en los extremos. Ustedes y «Zolta-4» quedarán en el eje. ¿Comprendido, capitán Hansley?

—Comprendido, señor.

—¡Pues suerte!

* * *

Los cuatro gobiernos se pusieron de acuerdo y Washington, Moscú, Pekín y Canberra permitieron a sus medios informativos que lanzaran la noticia, pero en forma poco alarmante. Por eso, la gente sólo se enteró de que un meteorito bajaba hacia la Tierra a una velocidad más grande de la usual y con una extraña peculiaridad: aquella masa no entraba en incandescencia pese a la enorme fricción de la atmósfera, aunque se esperaba que al fin terminara por desintegrarse al llegar a las capas inferiores donde el rozamiento sería mayor.

Pero no fue así y el gigantesco aerolito se zambulló en pleno Océano Glacial Antártico, siendo registrada su llegada por varios observatorios situados en Australia, América del Sur y en el mismo Polo, que al instante enviaron flotillas de reconocimiento para observar los fenómenos que aquel cuerpo celeste causaba en las aguas medio heladas del mar.

Los sondeos y los rastreos empezaron, pero sin ningún resultado positivo. Ni el sonar ni el radar fueron capaces de localizar aquella masa extraña a la

composición terráquea, por lo que se llegó a una simple y sencilla conclusión: Al entrar en contacto con el agua helada, aquella masa se había desintegrado, convirtiéndose con toda seguridad en minúsculo polvillo que sería inútil intentar analizar, por haber quedado mezclado con las aguas del frío Océano.

El peligro había pasado.

Todo debía volver a la normalidad.

* * *

Por supuesto, hasta la gente de la calle no llegaron las informaciones ultrasecretas procedentes de la Base Espacial Zolta-0, situada en órbita alrededor del remoto planeta Plutón.

¿Qué podía llegar a deducir un hombre o una mujer normal, dedicados a sus rutinarias ocupaciones, si se les decía que aquella masa llegada del más allá había tenido un comportamiento extraño? Preocupar a la gente notificándole que aquel objeto había viajado por el espacio a velocidades superiores a la luz, no tenía objeto. Decirles que escasamente a un año-luz de Plutón se había parado sin explicación posible, para más tarde trazar una caprichosa parábola en el espacio y seguir una ruta tan ilógica como excéntrica, sólo podía conducirles a especulaciones alarmistas.

Su propia desintegración total al entrar en contacto con el agua del océano, cuando había resistido la enorme fricción de la atmósfera sin alterarse, carecía de explicación lógica. Lo mejor era dejar las cosas como estaban, aunque, eso sí, los Estados Mayores de los cuatro únicos gobiernos mundiales no se olvidasen del asunto y aunaran sus esfuerzos para tratar de explicar todos aquellos fenómenos.

Washington, Moscú, Pekín y Canberra olvidaron por unos días sus particulares diferencias en la repartición de todos los países de la Tierra, entrando en una estrecha colaboración, tanto científica como militar, para encontrar al menos un diminuto fragmentó de aquel cuerpo extraño que había desaparecido en el océano, tras cruzar distancias siderales en su portentoso viaje desde el más allá.

Pero aunque los habitantes de la Tierra lo ignoraron, el esfuerzo de los cuatro gobiernos mundiales fue un rotundo fracaso.

Ni analizadas las aguas en el lugar mismo donde se localizó había caído, pudieron encontrar nada.

Y hasta en las altas esferas gubernativas se empezó a olvidar el caso.

* * *

Sin embargo...

El submarino ascendió hacia las aguas más templadas del Pacífico, dejó atrás Nueva Zelanda pasando a unas mil millas de sus costas, trazó una diagonal, continuando su travesía hasta el archipiélago de las islas Fiji, para desde allí, como si estudiadamente avanzase en zig-zag, continuar su crucero por el Gran Océano hasta alcanzar el Ecuador cerca de las islas Christmas.

Iba accionado por energía atómica y le resultó fácil llegar a pocas millas de las islas Hawaii, saliendo a la superficie para soltar una embarcación ligera de motor, del tipo que corrientemente se construyen en los astilleros de Pearl Harbour para los millonarios que intentan pasar sus ocios dedicados a la pesca.

En la embarcación, dos hombres y dos mujeres empezaron a broncear su piel al sol; también sacaron sus aparejos para practicar un deporte que, por la facilidad de todos sus movimientos en los preparativos, debía serles habitual.

Las dos mujeres eran rubias, hermosas y no aparentaban tener más de veintitrés años de edad. Sus cuerpos, generosamente mostrados por los breves bikinis, estaban perfectamente formados, con curvas armoniosas que les prestaban un atractivo singular. A simple vista se calculaba que eran muy capaces de ganar cualquier concurso de belleza, por más exigente que fuera el jurado.

Los ojos de aquellas dos espléndidas mujeres, intensamente azules como el agua del océano sin límites que se confundía con el cielo en el horizonte, resaltaban sobre su piel morena bien bronceada, armonizando con sus largos cabellos color trigo lleno de dorados reflejos del sol. El contraste de la blancura de sus dientes acentuaba el rojo de sus labios pulposos, cuando reían en unión de sus compañeros, que no quedaban atrás en cuanto a belleza física.

En efecto, los dos hombres eran altos, delgados, fuertes y bien musculados, con esa peculiar elasticidad que da la práctica de los deportes a los cuerpos sometidos a tales disciplinas. Las piernas largas y bien formadas de aquellos dos soberbios ejemplares masculinos terminaban en unas estrechas caderas cubiertas con un breve calzón de baño, que dejaba desnudo el resto de sus cuerpos.

Cintura, tórax y espaldas de auténticos atletas también bronceados por el sol, con cuellos fuertes, que sostenían las soberbias cabezas que denotaban pertenecían a una raza perfecta, con mentón y mandíbulas pronunciadas, anunciadoras de un temperamento enérgico sumamente viril.

El cabello corto de aquellos dos titanes, era castaño y les caía descuidadamente despeinado sobre sus despejadas frentes. En su rostro brillaban un par de ojos de color gris, casi acerado.

Cualquiera que pudiera contemplar a las dos parejas, no habría dudado en tomarlos como modelos de la perfección humana, y sin embargo, uno de aquellos hombres dijo con ligero acento gutural:

—Bien... ¡Ya estamos otra vez en la Tierra! La última vez que me enviaron fue cuando en este océano había una terrible guerra. Luchaban yanquis y japoneses, y yo era teniente en la Marina de los Estados Unidos...

Hizo un breve calculó mental, antes de seguir diciendo a sus compañeros:

—De esto hace unos trescientos sesenta años...

Luego siguieron los cuatro pescando.

CAPÍTULO III

Burt Fioreman enfocó sus prismáticos de larga distancia hacia el horizonte, se detuvo en su recorrido para fijarse en un diminuto punto que lanzaba destellos blancos sobre el intenso azul del océano, ordenando al poco al piloto de la lancha:

—Allí, George. ¡Pueden ser los contrabandistas!

Los motores de la poderosa embarcación rugieron al máximo. El joven que había sido nombrado por el jefe de aquella tripulación exclamó:

—¡Vaya suerte si les pescamos, Burt!

—Sí, George. ¡Por lo menos nos darán un mes de permiso!

George Carey sabía muy bien lo que tenía que hacer y accionó una palanca en el tablero de mandos, para que la embarcación se deslizara sobre el agua en la docena de patines que al instante la alzó, dejando su quilla libre de la resistencia del agua del océano. Marchando de esta forma ganaban el doble de velocidad y el diminuto punto que el teniente Burt Fioreman había indicado en el lejano horizonte fue gradualmente adquiriendo mayor tamaño.

Los diez hombres del resto de la tripulación enfilaron sus armas hacia allí. El jefe de la embarcación advirtió:

—Creo que no hemos tenido suerte, muchachos. Ésa es una lujosa embarcación de pesca con matrícula de Pearl Harbour.

El piloto aceleró aún más.

—¡Maldita sea! Ya soñaba con ese permiso —declaró el hombre.

—Lo siento, George. También me habría gustado echar el guante a esos contrabandistas que buscamos.

Y luego, al ir reduciendo cada vez más la distancia, señaló:

—¡Afloja la marcha, hombre! ¿Quieres que los abordemos?

Los doce hombres de la lancha rápida se fijaron en seguida en las dos espléndidas mujeres rubias y sus dos atléticos acompañantes, que habían olvidado su pesca para también observar la llegada de la lancha. Y al contemplar tanta belleza, uno de los marineros rezongó:

—¡Vaya diosas, teniente!

Burt Fioreman musitó por su parte:

—Cierra la boca, Paul. ¿Quieres que te oigan?

El ruido de los motores de la lancha rápida había cesado y, por inercia, la patrullera fue acercándose al yate ocupado por las cuatro personas. Mediante una hábil maniobra, George Carey fue situándose de forma que quedasen de costado. El oficial de marina saludó:

—¡Buenos días! ¿Saben que se han alejado demasiado?

Uno de los atletas fue a hablar, pero le detuvo la mujer rubia que tenía a su lado, para tomar ella la palabra:

—Buenos días, teniente... ¡No lo crea! Esta embarcación tiene autonomía para más de cien millas.

Burt Fioreman sonrió a la bella mujer, incapaz de apartar sus ansiosas pupilas de aquel armonioso cuerpo escultural, apenas cubierto por el bikini que aún tenía la virtud de realzar más sus atractivas curvas.

Y su voz procuró ser amable, aunque advirtió:

—Es que están a más de doscientas, señorita.

—¡Oh! Ha debido ser la corriente. Creíamos que...

—¿Tienen combustible?

—Creo que sí —respondió esta vez uno de los dos hombres.

Burt Fioreman se dispuso a saltar, aunque anunciándoles siempre en tono amable:

—De todas formas, tendré que echar un vistazo.

Saltó con agilidad y quedó a pocos pasos, plantado ante aquellas cuatro esculturas humanas, de piel bronceada por el sol y con ojos poco amistosos, que ahora le observaban. El reproche se leía claramente en sus pupilas, por lo que el oficial de marina aclaró:

—No deben molestarse. A doscientas millas al sur de Hawaii están bajo jurisdicción militar. Nosotros patrullamos por aquí con la Orden de controlar todas las embarcaciones y...

La primera diosa rubia que le había hablado empezó a decir:

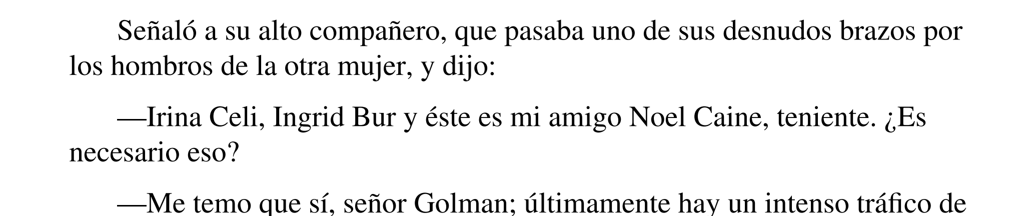
—Será una orden reciente, porque...

—Muy reciente, señorita. Nos la han dado hoy.

Luego cambió la dirección de su mirada, la centró en los ojos grises de uno de los hombres y, con la mano significativamente extendida, pidió:

—¿Me permite la documentación de la embarcación, señor...?

—Golman... John Golman, teniente.



Señaló a su alto compañero, que pasaba uno de sus desnudos brazos por los hombros de la otra mujer, y dijo:

—Irina Celi, Ingrid Bur y éste es mi amigo Noel Caine, teniente. ¿Es necesario eso?

—Me temo que sí, señor Golman; últimamente hay un intenso tráfico de drogas. Precisamente patrullamos por los contrabandistas que vienen desde Asia, desde el Japón.

—¿No va a suponer que nosotros...?

—No supongo nada, señor Golman. Si tiene la documentación en regla, no harán más que acercarse a la costa y seguir con su pesca.

Irritada, la mujer que le habían presentado como. Irina Celi manifestó con voz firme:

—¡No nos moveremos de aquí, teniente! No hay ninguna ley que...

—Desde hoy sí existe esa ley, señorita Celi.

—¡Pero es absurdo! — terció John Golman —. Uno puede viajar de un continente a otro si lo desea.

—Con una embarcación como ésta, no, señor Golman. Y creo que deberían agradecer que la Marina se preocupe por su seguridad. ¿Me enseñan esa documentación?

—No... no la tenemos... aquí, teniente.

—¿Dónde la tienen entonces?

—La dejamos en tierra. Precisamente comenté con Noel ese olvido, pero él me dijo que no tenía importancia.

Burt Fioreman empezó a sonreírles, pero sin dejar de hacer señas a sus hombres de la lancha, quienes empezaron a saltar a la lujosa embarcación, mientras él anunciaba a los cuatro tripulantes:

—En ese caso... me temo que tendré que registrar la nave...

Irina Celi avanzó dos pasos hacia él, cimbreantes sus caderas, pero con los ojos intensamente azules llameando.

—¡No lo consentiré, teniente! ¡Me quejaré a sir Edward Frankesheimer!

Burt Fioreman se revistió de paciencia, recomendando a la soberbia mujer:

—Señorita Celi... Sir Edward Frankesheimer lleva mucho tiempo viviendo en Hawai, para no respetar las órdenes del almirante Coboufn. ¿Acaso es amigo de ustedes?

Antes de que pudiera contestar ninguno de sus tres amigos, la misma

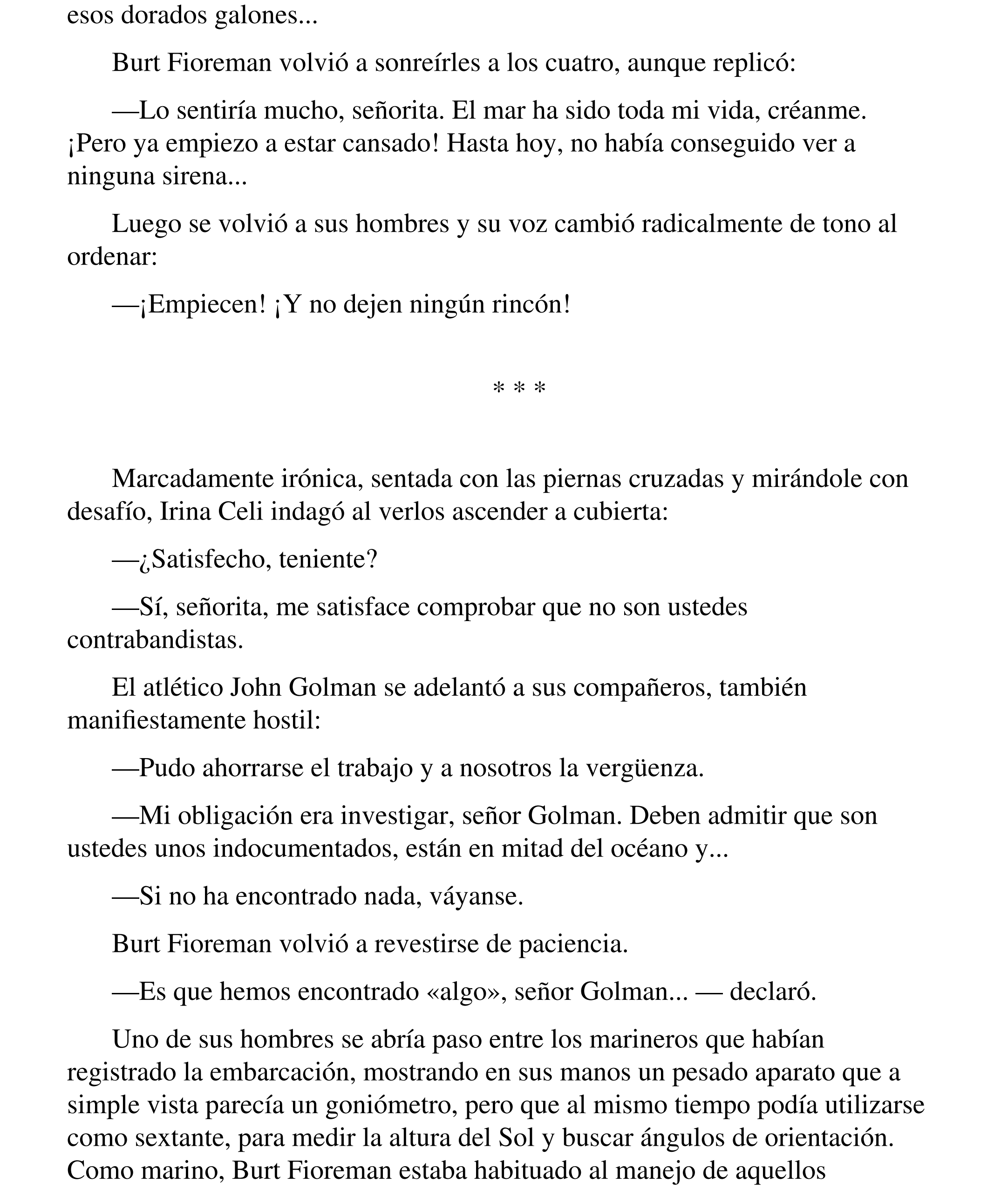
muchacha rubia exclamó con altanería:

—¡Es íntimo amigo nuestro! ¡De los cuatro!

—Lo celebro, tienen ustedes unas amistades muy ricas e influyentes.

La otra mujer se puso a la altura de su compañera al anunciar, no sin cierta amenaza en su dulce voz que inútilmente se esforzaba por ser amable:

—Tanto, teniente... que puede usted perder su bonito uniforme blanco con esos dorados galones...



Burt Fioreman volvió a sonreírles a los cuatro, aunque replicó:

—Lo sentiría mucho, señorita. El mar ha sido toda mi vida, créanme. ¡Pero ya empiezo a estar cansado! Hasta hoy, no había conseguido ver a ninguna sirena...

Luego se volvió a sus hombres y su voz cambió radicalmente de tono al ordenar:

—¡Empiecen! ¡Y no dejen ningún rincón!

* * *

Marcadamente irónica, sentada con las piernas cruzadas y mirándole con desafío, Irina Celi indagó al verlos ascender a cubierta:

—¿Satisfecho, teniente?

—Sí, señorita, me satisface comprobar que no son ustedes contrabandistas.

El atlético John Golman se adelantó a sus compañeros, también manifiestamente hostil:

—Pudo ahorrarse el trabajo y a nosotros la vergüenza.

—Mi obligación era investigar, señor Golman. Deben admitir que son ustedes unos indocumentados, están en mitad del océano y...

—Si no ha encontrado nada, váyanse.

Burt Fioreman volvió a revestirse de paciencia.

—Es que hemos encontrado «algo», señor Golman... — declaró.

Uno de sus hombres se abría paso entre los marineros que habían registrado la embarcación, mostrando en sus manos un pesado aparato que a simple vista parecía un goniómetro, pero que al mismo tiempo podía utilizarse como sextante, para medir la altura del Sol y buscar ángulos de orientación. Como marino, Burt Fioreman estaba habituado al manejo de aquellos

instrumentos, aunque aquél, parecía de construcción más perfecta y complicada.

Y su voz sonó Imperiosa al inquirir a los cuatro desconocidos:

—¿Qué es esto, señores?

—¡Excelente carrera de marino la suya! —exclamó Noel Caine —. ¿No ve que es un sextante?

—Eso he creído a primera vista, pero observe que tiene otros mecanismos aplicados. ¿Para qué lo utilizan ustedes?

—Para navegar.

—¿En una embarcación deportiva como ésta, señor Caine?

—No está prohibido... Pero estos instrumentos sólo se utilizan en los submarinos o en los buques, para largas travesías, por si, perdida la comunicación por radio, es preciso orientarse.

—¡Vaya! Rectifico, teniente, veo que al menos sabe para lo que sirven.

—En parte, sí...

—Admita entonces que sus conocimientos como navegante no son muy extensos.

Las manos, fuertes y velludas de aquel hombre avanzaban hacia las del marino que continuaba mostrando el aparato, pero detuvo su movimiento al oír decir al oficial:

—Llévelo a la lancha, Mike.

—¿Cómo?

La exclamación había partido de cuatro bocas a la vez, en tono alarmante y al parecer dispuestas a protestar, pero Burt Fioreman les cortó todo comentario.

—Se lo devolveré una vez lleguemos a Honolulú.

—Nosotros no vamos a Honolulú, teniente —atajó a su vez Irina Celi.

—Ahora sí, señorita. Es donde tenemos nuestra Comandancia.

Noel Caine volvió a intervenir.

—¿Debemos entender que estamos arrestados, teniente?

—Hasta que se identifiquen plenamente, sí, señor Caine.

—¡Le hemos dicho quiénes somos! —protestó Ingrid Bur.

—Verá, señorita... De palabra yo puedo asegurarles que soy Napoleón en persona. ¿Comprende?

—¡Qué más quisiera! El emperador de Francia era... —la mujer se interrumpió al cruzar su mirada con la de la otra mujer, que se mostró más conciliadora al admitir:

—Haga lo que considere justo, teniente. ¿Debemos seguirles?

—Yo mismo conduciré su embarcación, señorita.

Burt Fioreman dio órdenes a sus hombres y cuatro de los marinos se quedaron con él, mientras el resto emprendía el regreso hacia el archipiélago en la lancha rápida pilotada por George Carey.

Al empuñar los mandos de aquella lujosa embarcación, Burt Fioreman no encontró dificultades en su manejo, pues era como tantas otras construidas en el mismo Pearl Harbour.

Y sin embargo...

Todo parecía diferente, sobre todo el metal empleado en su construcción.

Pero aquello sólo era una sensación extraña.

Nada más.

CAPÍTULO IV

Al llegar al embarcadero surgió un problema. En aquella embarcación no había una sola prenda de vestir y aquellas cuatro personas estaban en traje de baño.

Burt Fioreman miró a las dos muchachas rubias, se fijó una vez más en el breve «bikini» que llevaban y se dijo que, aunque en todo el archipiélago de las Hawaii la gente no se asustaba ya de nada, no era muy correcto cruzar las calles llevando con aquella vestimenta a dos guapísimas mujeres.

—¿Dónde embarcaron ustedes? —les preguntó.

—Eso no le importa —replicó con prontitud Irina Celi:

—Lo digo para saber dónde han dejado sus ropas.

—Tampoco le importa, teniente.

—Pero, criatura... ¡no va a decirme que van por la calle así! Debo llevarles a la Comandancia y...

John Colman decidió intervenir en aquella discusión que parecía agriarse más. Señaló a los marinos que realizaban la maniobra del amarre y apuntó:

—Quizás, alguno de sus hombres...,

—¡Paul! ¡Roy! Y tú también, Taylor, decidle a George que lo quiero aquí dentro de dos minutos con ropas para ellos. ¿Queda claro?

—Sí, teniente.

Malhumorado, mientras esperaban, Burt Fioreman se puso a fumar. En su sorda irritación se olvidó ofrecerles la pitillera a sus «invitados» y cuando quiso rectificar, Irina Celi comentó incisivamente:

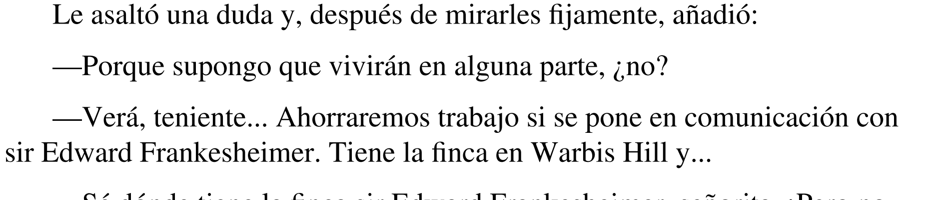
—No fumamos, teniente, somos gente normal, que no intoxica sus pulmones.

—¿Gente normal? ¿Y salen a pescar a doscientas millas mar adentro con... con esas ropas nada más?

—¿No le gustan?

La miró desde los pies desnudos a la raíz de los cabellos rubios, replicando a su vez con rabia:

—Si lo que quiere saber es si le sienta bien, le diré que Sí, señorita Celi. Pero no es corriente olvidarse la documentación y la ropa.



Le asaltó una duda y, después de mirarles fijamente, añadió:

—Porque supongo que vivirán en alguna parte, ¿no?

—Verá, teniente... Ahorraremos trabajo si se pone en comunicación con sir Edward Frankesheimer. Tiene la finca en Warbis Hill y...

—Sé dónde tiene la finca sir Edward Frankesheimer, señorita. ¡Pero no pienso llamarle por ahora!

—¿Por qué no, teniente?

—Ya lo harán personalmente ustedes. ¡Cuando estén en la Comandancia!

No quería seguir discutiendo con aquella gente y se trasladó al otro extremo de la embarcación, poniéndose a mirar el vuelo caprichoso de las gaviotas.

* * *

El comandante Douglas Mackensy era un hombre conservador. Llevaba muchos años destinado en la Base Naval de Pearl Harbour, vivía en un encantador bungalow, se había casado con una linda hawaiana y tenía cinco hermosos hijos, el mayor de los cuales no llegaba a los cinco años de edad...

Todo esto le hacían considerar su vida anterior de marino en uno de los gigantescos portaaviones atómicos, siempre navegando por los océanos, y por eso desde que había puesto los pies firmemente en tierra no dudaba en elegir la línea más cómoda y de menos preocupación.

Miró al hombre que tenía sentado ante él y le dijo, ofreciéndole un papel doblado:

—Su permiso, teniente Fioreman. ¡Puede usted disfrutar de las delicias de estas islas durante todo un mes!

Burt Fioreman tomó el papel por encima de la mesa y comentó:

—Gracias, mi comandante, pero creí que me lo daría cuando hubiese capturado a esos contrabandistas que tanto buscan.

—No importa, Burt. ¡Ha hecho usted otra captura más importante!

—¿Se refiere usted a esas dos diosas rubias y sus dos amigos?

—Sí, teniente... No quiero que le encuentre por aquí Sir Edward Frankesheimer, cuando venga a por ellos...

—Sólo cumplí con mi deber, señor.

—Lo sé, teniente... lo sé. Eran unos indocumentados, no le dijeron de dónde venían ni a dónde iban y usted... ¡Disfrute de su permiso!

—Otra vez gracias, señor... ¿Ya se han puesto en contacto con Sir Frankesheimer?

—Sí, Burt... ¡Y viene hacia aquí con el gobernador!

—Peces gordos, ¿verdad, señor? —dijo el joven oficial, guardando su permiso.

—Eso parece. ¡Y usted debió verlo, Burt!

—¡Qué diantre! Se mostraron altaneros y respondieron a todas mis preguntas con evasivas. ¿Por qué tenía que tener finezas con ellos?

—¡Son dos señoritas, Burt!

—No las tratamos mal, señor, pero creí conveniente que usted los viera.

El comandante Douglas Mackensy olvidó por un instante a su linda esposa nativa, abrió mucho los ojos y dijo, tras guiñar el izquierdo confidencialmente:

—¡Y las he visto, muchacho! ¡Qué mujeres! ¡Son realmente preciosas!

—Sí, lo son, señor... No había visto nunca otras igual.

Burt Fioreman fue a saludar militarmente, pero, por encima de la mesa, su jefe le estaba extendiendo la mano. La estrechó con fuerza y se despidió:

—Hasta la vuelta, mi comandante.

—Diviértase, Burt. ¡Es lo único bueno que ofrece la vida!

* * *

Burt Fioreman también opinaba como su comandante Douglas MacKensy y aquella noche, nada más llegar a su apartamento, se dijo que se divertiría a lo grande.

Se dio una buena ducha, se afeitó, se puso su colonia preferida y, aún en bata, buscó la agenda de direcciones que tenía en una mesita de laca junto al teléfono, cuya pantalla empezó a parpadear, anunciándose una llamada.

Descolgó y el rostro excitado del sargento George Carey apareció anunciando nerviosamente:

—¿Puedo subir, Burt?

—¿Qué ocurre, George? ¡Pareces excitado!

—Hay para estarlo, Burt. ¿Puedo subir?

—Hombre... me disponía a salir. Iba a buscar la dirección de una buena amiga para invitarla a cenar. No sé si sabes que ya tengo el permiso en el

bolsillo.

—¡Lo sé! Pero tú debes saber otras cosas.

Seguía excitado, sin dejar de morderse las uñas de una de sus manos y por eso admitió:

—Está bien, George. Eres un aguafiestas, pero sube.

—Estoy abajo, aquí, en el mismo edificio. ¡Subo volando!

Contrariado, Burt Fioreman desconectó, musitando para sí:

—¿Qué tripa se le habrá roto ahora? George siempre es un muchacho con problemas.

Buscó la cartera para separar unos billetes cuando sonó el timbre de la puerta. Fue a abrir tal como estaba y el sargento piloto de la patrullera que él mandaba entró. Al ver los billetes en sus manos, advirtió:

—No, Burt, esta vez no se trata de dinero. ¡No me he metido en ningún lío de juego!

—Entonces... ¡Tú dirás, chico!

—Se trata de Paul, de Roy, Taylor y Gaynor... ¡Han desertado!

—¿Cómo...?

—Tal como lo oyes, Burt... ¡No han vuelto al barracón!

—Pero si yo los dejé al salir de la Comandancia en...

—Lo sé, Burt, pero cuando fuimos a buscarlos, para que nos contaran a los demás lo que habíais hablado con esas dos diosas rubias y sus dos compañeros, no los hallamos. ¡El capitán está que echa las muelas!

Burt Fioreman procuró serenar a su amigo.

—No habrán desertado, George. La policía militar los habrá detenido en cualquier garito, por alguna de sus acostumbradas peleas. Ya sabes que Roy y Paul tienen los puños ligeros.

—Cuando faltaron a la primera lista, eso me temí y pregunté al comandante de la plaza: ¡No sabía nada de ellos! ¡Y mira que los conoce a los cuatro bien, por haberlos arrestado otras veces!

—¿Algún accidente...?

—También he preguntado en los hospitales y puestos de socorro de urgencia. ¡Ni rastro, Burt!

Burt Fioreman empezó a pasear por su apartamiento. Se quitó la bata y exclamando malhumorado por aquella interrupción en sus planes:

—Bien... ¡allá ellos! Ya son mayorcitos.


George Carey quedó cabizbajo, derrumbándose con desgana en el largo sofá.

—Lo siento por Roy y Gaynor. ¡Eran buenos chicos! — rezongó.

—Vuelve al campamento, George, quizá están ya allí.

—No lo creo; si hubieran tenido algún compromiso, me lo hubieran dicho para que les echase un capote. ¡Ya sabes cómo es el capitán de nuestra compañía!

—¡Al diablo él, tú y toda la Marina! Yo tengo mi permiso en el bolsillo y voy a disfrutarlo. ¡No pienso ponerme el uniforme en varias semanas! Y ahora, querido George... ¿te vas y me dejas tranquilo?

George Carey se levantó con la misma desgana que se había sentado en el sofá, murmurando resignado camino de la puerta:

—De acuerdo, Burt. Diviértete y pásalo bien. ¡A ti que han echado los dientes en la Marina! ¿Dónde crees que pueden estar mejor?

—Por eso me extraña, Burt. Ni el servicio ni la paga es tan mala; nunca han estado descontentos y ahora... ¡A volar! ¡Y sin despedirse siquiera!

Ya en la puerta, Burt Fioreman palmeó las recias espaldas del sargento y, sonriéndole, admitió:

—Eres un sentimental, George. ¡Un buen chico!

CAPÍTULO V

Descendió hasta la quinta planta de los sótanos para ir a buscar su vehículo, saliendo del ascensor en compañía de otro de los inquilinos que siempre le había resultado antipático: un tipo bajo y rechoncho, con grasas hasta en los párpados y mirar porcino, que gruñía tenuemente en vez de saludar, como si le costase trabajo despegar los labios.

En esta ocasión también respondió con un bufido a su saludo y Burt Fioreman no se despidió de él, encaminándose luego hacia donde tenía su vehículo. Estando allí nunca cerraba las puertas con llave y, al abrir, la portezuela, se encontró que ya había un hombre sentado, esperándole.

Pero lo hacía con una pistola de rayos paralizantes en la mano, al tiempo que su boca se movía al recomendar:

—Suba y enfile hacia la Avenida Yamamoto. Unos «amigos» quieren hablar con usted allí.

Burt Fioreman obedeció, pues conocía la eficacia del arma que empuñaba aquel desconocido. Si la había regulado hasta el número tres, al accionar el gatillo los rayos que escupiera por el corto cañón no serían sólo paralizantes.

Lo dejarían «paralizado» para siempre...

Ascendió la rampa del estacionamiento de vehículos; al pasar junto al control, el empleado le saludó con simpatía. No podía extrañarse de que llevase un acompañante junto a él, ya que el edificio contaba con setenta plantas y en cada una de ellas por lo menos había diez apartamientos: podía ser un vecino, un amigo que había ido a visitarle y, en todo caso, una persona normal, pues no podía sospechar que en una de sus manos empuñara un arma mortal.

Minutos después, ya rodando por la Avenida Yamamoto, por vez primera Burt Fioreman despegó los labios.

—Usted guía, amigo. ¿Ahora hacia dónde? — preguntó.

—Tuerza al llegar a la Tercera Avenida y siga siendo un buen chico, como hasta ahora.

—¿De no ser así?

—Lo sentiría por usted, teniente. ¡Tengo el gatillo en el número tres...

—Lo sospechaba...

—No es cosa de juego, amigo mío. ¡Ya lo comprenderá!

—Bien, no quiero morir electrocutado. Torceré por la Tercera Avenida.

—Ya le indicaré cuando lleguemos allí.

El arma no dejaba de apuntarle al costado y Burt Fioreman no tenía ninguna oportunidad. Bastaría un leve movimiento brusco, la menor intentona para...

—¿Puedo saber al menos quién me espera y para qué?

—Lo sabrá al llegar, teniente. ¡La curiosidad suele perder a la gente!

—Y el delito también: y esto que hace usted lo es.

—Me es igual, si está bien pagado. ¡Ya vivo del delito, mi amigo!

Al llegar a la Tercera Avenida maniobró para torcer a la derecha y siguió enfilando la calle a buena marcha. Fue al llegar a la Place Saint Cook cuando su ominoso acompañante indicó:

—Ahora a la izquierda, hacia aquel callejón.

En el fondo del callejón se veía una casa: era la única construcción, ya que allí se iniciaban los campos de caña de azúcar, que no terminaban hasta la costa norte de la isla. Aquel edificio parecía abandonado y contrastaba con todos los que habían dejado atrás, de la más modernas líneas funcionales que se empleaban en la construcción. Burt Fioreman dedujo de ello que aquel individuo le llevaba a lugar tan apartado para matarle impunemente y decidió que al bajar del vehículo, por poco que pudiera, lo intentaría todo antes de seguir a su merced.

La oportunidad la tuvo al cerrar el contacto. Se inclinó sobre los mandos del vehículo y, con el codo, apartó como por casualidad la dirección del arma.

El resto fue relativamente fácil.

Aunque trágico para su rival.

Se abalanzó sobre el individuo, proyectando todo su cuerpo sobre él con la máxima potencia que pudo imprimir a sus músculos. Por lo visto, la mano del hombre se torció demasiado y, al accionar el gatillo con nerviosismo, él mismo se electrocutó.

Burt Fioreman se apartó de él nada más sentir su grito de angustia, mezclado con el fuerte olor de carne chamuscada; un segundo más y él habría recibido la descarga eléctrica de aquel rayo de muerte

Medio minuto después, aquel individuo era una masa informe humeante, que terminó consumiéndose en el asiento del vehículo que también salió perjudicado. El hedor era insoportable y Burt Fioreman corrió hacia la solitaria casa, para apartarse de aquello que hería tan sensiblemente su olfato.

No había nadie por allí. Estaba a unas tres millas de la Place Saint Cook y

se dijo que no estaría de más echar un vistazo a la casa, para averiguar por qué aquel hombre le había obligado a conducir hasta allí. Sentía ahora vestir de paisano y no llevar su pistola de reglamento. Pero claro, un individuo que se dispone a pasar una alegre velada con una buena amiga no suele, armarse nada más que con una cosa.

Un buen fajo de billetes encima.

Pensó en el arma con la que aquel individuo se había electrocutado y regresó con pasos cautelosos a su vehículo. Aquel hombre ya sólo era un informe montón de carne, huesos y ropa calcinada, que seguía despidiendo un olor muy desagradable. Entre aquellos restos no vio el arma, que también se habría destruido ella misma, al estar en contacto directo con aquella carne que había recibido la enorme descarga de los rayos.

Desde allí abarcó todo el edificio y vio que sólo tenía tres plantas. Estaba descuidado, como si hiciera mucho tiempo que nadie lo habitara. Volvió animarse y ascendió los escalones que daban al porche, especie de galería corrida con viejas columnas de piedra. No se preocupó en averiguar si la puerta de entrada podía ser franqueada, al encontrar una ventana con los cristales rotos por la cual se introdujo en el interior. Dentro había el mismo abandono y suciedad, con viejos muebles cubiertos con una gruesa capa de polvo.

—Un sucio lugar para una entrevista —pensó.

Una escalera de peldaños carcomidos ascendía hasta la planta superior. Empezó a subir por ella con cautela y suma precaución. Desarmado como estaba, podía quedar a merced del primer enemigo que le saliera al paso. Pero no era cosa de retirarse de allí, sin saber para qué diablos lo había raptado aquel hombre.

En la primera planta, una serie de puertas abiertas mostraban las habitaciones tan descuidadas y llenas de polvo como en el piso bajo. Una de las puertas le llamó la atención por estar cerrada y pulsó el picaporte para intentar abrirla. No lo consiguió y aplicó varias veces el hombro para forzarla, consiguiéndolo con gran estrépito cuando proyectó todo el peso de su cuerpo sobre ella.

Y allí, tendidos en el interior...

—¡Paul! ¡Roy!

Los otros dos marineros, Taylor y Gayner, también estaban tendidos allí, bien atados y amordazados, descansando en el frío suelo de baldosas de mármol sucio y abandonado. Los cuatro marinos aún llevaban sus uniformes blancos y le miraban ansiosamente, sin poder articular ningún sonido a causa de las fuertes mordazas que silenciaban sus bocas.

Tardó bastante en poder librarles de las ligaduras de cinta de plástico,

contando que no tenía a mano ningún objeto cortante. El primero en quedar libre fue el pelirrojo Roy, que al instante se puso a ayudarle en la tarea de desatar a sus compañeros mientras balbucía, nervioso y agradecido:

—¡Gracias, teniente! Creo que ese tipo nos habría asesinado sin dudarlo.

—¿Qué pasó, Roy?

—Cuando nosotros esperábamos que saliera de la Comandancia, un hombre se nos acercó y nos dijo que usted nos esperaba en el campamento. No podíamos sospechar nada y, dócilmente, los cuatro entramos en un vehículo. Nos indicó que nos acomodáramos en la parte trasera y él se puso ante los mandos. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos en una ratonera. La parte trasera, quedó herméticamente cerrada y un gas empezó a salir de algún sitio... Los cuatro debimos quedarnos dormidos y despertamos aquí... ¡Eso es todo, teniente!

Cuando Paul quedó libre de su mordaza, lo primero que dijo fue:

—¿Dónde estamos?

—A unas tres millas de la ciudad, Paul. ¡Ahora ayuda tú a Roy!

Minutos después, ya desentumeciendo sus miembros los cuatro marinos liberados, Burt Fioreman se dijo que nada podrían averiguar. Por lo visto, el individuo que les había llevado hasta allí habría recibido órdenes de alguien y ahora, carbonizado sobre el asiento de su vehículo, no podía contestar a ninguna pregunta.

—Echaremos, un vistazo a la casa —ordenó con el gesto, indicándoles qué examinaran una por una el resto de las habitaciones.

Polvo y suciedad por todos los sitios: muebles viejos, rotos, desvencijados y abandono por todas partes. Sin embargo, en una de las habitaciones, sobre una silla medio coja, había restos de comida: una lata de conservas de algas marinas, zumo de coco en un vaso de papel y pan sintético, del que solían servirse los astronautas.

Esa persona que había estado comiendo allí debió de utilizar una vieja maleta de asiento, al estar frente a la silla donde se veían los restos de alimento, Fioreman se inclinó y al abrirla vio algo que le llamó la atención. Sin duda alguna aquello era un aparato de radio, un pequeño transistor, pues cuando accionó varios mandos empezó a transmitir una serie de pitidos y señales que se repetían sin cesar.

El marinero Paul se acercó a él al entrar en la sucia habitación.

—¡Nada en toda la casa, teniente! ¿Qué es eso?

—Un aparato transmisor y receptor, pero que, por lo visto, no acierto a poner en la onda adecuada.

Roy también regresaba de su inspección en aquel instante y pidió:

—¿Me permite, señor?

Se lo entregó, pues Roy era un buen técnico en radio. Cuando patrullaban con la lancha rápida, él se encargaba de las transmisiones. Sin embargo, a los pocos minutos se rindió, incapaz de silenciar al extraño aparato que continuaba transmitiendo unas señales que no acertaba a descifrar.

—Debe ser alguna clave, teniente —admitió al fin.

—De nada nos sirve, si no somos capaces de descifrarlas. ¡Esfuérzate, Roy!

—Imposible, teniente. ¡Este maldito chisme sólo hace ruidos!

—Pero observa que tienen alguna intermitencia entre sí, una especie de repetición constante. Y eso debe ser...

—Que alguien intenta comunicar con el tipo que creen debería estar aquí. —intervino el marinero Gayner.

Luego, los cuatro se quedaron mirando a su teniente. Taylor habló por todos:

—¿Cómo consiguió localizarnos, teniente?

—Me han traído, como a vosotros.

—¿El tipo que nos raptó?

—Supongo que sí, Taylor. Pero ya no podrá decirnos si es el mismo... ¡Mirad por esa ventana!

Al poco regresaban los cuatro, y Roy volvió a exclamar:

—¡Diablos! ¿Lo electrocutó, teniente?

—Lo hizo él mismo. Conseguí desviar la pistola de rayos en la lucha y...

En pocas palabras les contó lo sucedido. Se disponían a salir de la casa, cuando el extraño transistor dejó de emitir la serie de silbidos acompasados, surgiendo de él una voz de tono impersonal que indagó en esperanto:

—«¿Por qué no contesta, Vanes? Si pretende más dinero, lo tendrá en su habitación del «Hamilton». ¡Pero limítese a cumplir nuestras órdenes o lo pasará mal»!

Los cinco hombres se miraron entre sí, con cierta esperanza en sus pupilas, Burt Fioreman mantenía el pequeño transistor en sus manos y fue el que dijo:

—Bien, muchachos, ya tenemos dos excelentes pistas. Con esos dos nombres podremos localizar a los que intentan comunicar con ese tipo que ya es un cadáver.

—«Vanes» y «Hamilton», teniente —les recordó Roy, para fijar en su mente de todos aquellos dos nombres.

—Vanes debe ser el nombre de ese tipo y «Hamilton» el de su hotel o residencia, ya que dijo «si pretende más dinero, lo tendrá en su habitación del «Hamilton». ¿No fue así, chicos?

—Así fue, Paul. ¡Vámonos de aquí!

Llegaron ante el vehículo y se encontraron con la desagradable tarea de tener que quitar del asiento los restos chamuscados y carcomidos de «aquello» que había sido un hombre, Burt Fioreman miró a los cuatro marinos y les animó:

—Bien... ¿A qué esperáis, muchachos? ¡Quitad esa basura!

Aquello era peor que limpiar la cubierta de un gigantesco portaaviones, pero lo hicieron.

Al poco rato, a buena marcha, los cinco regresaban a la ciudad, con la íntima sensación de que también regresaban a la vida. Quizá por eso, mientras conducía, Burt Fioreman sintió dos manos apoyadas en sus hombres y las voces de Taylor y Roy que casi decían a la vez:

—Gracias, teniente...

CAPÍTULO VI

—Regresáis al campamento y os presentáis al sargento Carey. ¡No estará mal que la Marina abra una investigación, para saber quién y por qué os raptaron!

—Sí, teniente.

—Otra cosa, Roy. Dile al sargento Carey que le espero en el «Plaza», pero que no venga de uniforme, aunque sí debe traer dos pistolas de reglamento. La mía la dejé en mi apartamiento y no quiero perder tiempo ahora para ir por ella.

—Bien, señor.

—¿Va a intentar localizar a ese Vanes, señor? —indagó, Taylor.

—Voy hacer, eso muchacho, pero tú te encargarás antes de llamar a este teleteléfono... A ver si me acuerdo de memoria... Sí,: 257,X-*,23 con P,A, después.

El marinero Taylor memorizó el número.

—¿Es el de la policía, señor? — preguntó.

—No, Taylor, es el de una chica con la que tenía que cenar esta noche. Se llama Pamela Gassman; pídele perdón de mi parte. Le dices que me espere en su casa y que iré a buscarla nada más termine con esto.

—¿Le cuento lo de...?

—No seas bestia, Taylor. ¡La alarmarías!

—De acuerdo, teniente, sólo que no ha podido ir y que le espere.

Estaban llegando a la Avenida Yamamoto y Burt Fioreman detuvo el vehículo para que los cuatro marinos descendieran. Cuando bajó el último, el oficial indicó:

—Gayner, tú avisa también a la policía.

—Bien, señor:

—¡Suerte, teniente! —deseó Paul, agitando su mano.

Minutos después, mientras esperaba al sargento George Carey en el «Plaza», no le costó mucho localizar al hombre que buscaba. En la ciudad había tres «Hamilton», pero fue en el hotel «Palace Hamilton» donde le dijeron por el teléfono que hospedaban a un tal señor Vanes en la habitación número 266; concretamente, se llamaba Phil Vanes y el recepcionista se

ofreció para tomar el recado destinado a su cuente.

—No, sólo quería cerciorarme de que se alojaba ahí — contestó Burt Fioreman, consciente de que por la pantalla le estaba observando el servicial empleado del hotel.

—Bien, señor. ¿No desea nada más?

—Sí, por favor. Si regresa el señor Vanes, dígale que le ha llamado su amigo Burt Fioreman y que esta noche iré a verlo.

—El señor Vanes a veces no duerme en el hotel, señor Fioreman.

—Lo sé... ¡Sus «ocupaciones» se lo impiden! Gracias por todo.

—De nada, señor; para servirles.

Buen chico. Con gente tan servicial uno podía entenderse.

El sargento George Carey llegó vestido con un traje color avellana, el que solía ponerse en sus días libres para salir de conquista, como él decía. Se acercó sorteando las mesas del concurrido local.

—¿Para qué me has hecho traer toda esta artillería, Burt? —preguntó, a la vez que se tocaba la cintura.

—Calla y siéntate, George: supongo que los muchachos te habrán contado.

—Sí, pero no entendí una palabra. ¿Quién se dedica ahora a raptar a simples marinos?

—Es lo que hay que averiguar, George.

—Es lo que desea también hacer el comandante Mackensy. Me ha dicho que por qué diablos no te has presentado.

—Estoy de permiso. ¡Él me lo concedió!

—Sí, pero... Después de esto... ¡has matado a un hombre, Burt!

—¿Un hombre? Debía ser una bestia; o mucho me equivoco, o pensaba liquidarnos a los muchachos y a mí. ¡Alguien le pagaba por todo eso!

—¿Quién?

—Lo investigaremos ahora. Vamos derechitos al «Palace Hamilton», a la habitación 266. ¡Y con esto!

—¿Qué es eso?

—Un transistor. Con él desenredaremos el ovillo.

—Parece de fabricación muy rara, Burt. ¡Nunca he visto uno igual a éste!

—Ni Roy tampoco. ¡Y eso que es un técnico! Vamos, George.

—¡Espera, hombre! ¿Es que no voy a tomarme ni un refresco?

—Te lo tomarás en el «Palace Hamilton»; quizás, en la habitación 266 encontremos algún amigo de ese Vanes y nos convidará.

Por el camino, mientras cruzaban la ciudad, el sargento George Carey se tapó la nariz con el pulgar y el índice y protestó, con voz gangosa:

—¿Es que sueles asar carne mientras conduces, Burt? ¡Huele a demonios!

—Es natural: sólo puse una lona en el sitio donde se «achicharró» ese tipo. ¡Vas sentado en el mismo sitio!

—¡Diantre! Pudiste avisar, hombre.

Al descender ante el lujoso hotel, George Carey volvió a decir:

—Esto es cosa de la Policía, Burt. ¡Y deberías entregarles ese chisme que llevas en las manos!

—Me han querido matar a mí, George. ¡Estoy particularmente muy interesado en esto! ¿Comprendes?

—¡Allá tú! Yo, con decir que obedezco tus órdenes, arreglado.

Burt Fioreman no le contestó; parecía estar buscando a alguien conocido al acercarse al largo mostrador de los recepcionistas del lujoso hotel, marchando directamente hacia el empleado que no hacía mucho había comunicado con él por la pantalla del teleteléfono entre el «Plaza» y el «Palace Hamilton». El hombre también dio muestras de reconocer su rostro y afablemente indicó:

—Lo siento, señor; todavía no ha regresado. La llave la tenemos aquí y...

—Gracias, lo sé, pero Phil me dijo que le esperase en su habitación.

El empleado pareció vacilar ante los dos hombres. Miraba alternativamente al alto Burt Fioreman ya George Carey, musitando al fin:

—Lo siento, señores. Yo... no debo...

La credencial de oficial de la Marina del teniente Burt Fioreman salió de su bolsillo en unión de una orden.

—No debe recelar nada, amigo. Somos gente de orden.

Miró a ambos lados, antes de añadir confidencialmente:

—Si me fuerza, de diré que es una misión especial.

Bien fuera su credencial o el dinero, el empleado tomó con gesto fugaz los billetes y con la llave de la habitación 266 sonrió al aceptar:

—Vengan, les subiré yo mismo.

El amplio ascensor les condujo a la tercera planta y, a través de un ancho

pasillo regiamente alfombrado, pronto llegaron ante la puerta qué tenía marcado el número 266. El empleado abrió.

—Pasen, señores. Pueden esperar al señor Vanes —les indicó el empleado.

Nada más cerrar la puerta tras él, Burt Fioreman indicó a su amigo:

—Empieza por el baño. ¡Y no dejes nada sin registrar!

—Burt... Creo que esto no está bien y que la policía...

—¡Trabaja y déjate de remilgos, George! Ha sido con nuestros hombres y conmigo con quien ese Phil Vanes se ha metido, ¿no? ¡Pues tenemos derecho a investigar!

—¡Como quieras, Burt! ¡Tú mandas!

Burt Fioreman se dispuso a hacer lo mismo y, para tener sus dos manos libres, dejó el extraño transistor sobre una mesita que había en el centro de la alfombrada habitación. Desde que había salido con los cuatro marinos de aquella apartada casa destartalada, creyó que el aparato estaba desconectado al accionar la palanquita que le puso casualmente en marcha, lanzando aquella serie de silbidos y señales que no fueron capaces de interpretar, pero ahora, inesperadamente y nada más dejarlo sobre la mesa, nuevamente empezó a emitir extraños ruidos, para al fin escucharse la misma voz impersonal que intentó comunicar con el tal Vanes.

—«No se esfuerce, teniente. Lo que usted busca ya no está en esa habitación... Lo llevaba uno de sus marinos encima, cuando el pobre Phil Vanes los raptó. ¡Ya vuelve a estar en nuestro poder!»

George Carey se acercó corriendo desde el baño, mirando primero al aparato y después al teniente. Vio a Burt Fioreman acercarse de puntillas hacia el misterioso transistor, imitándole mientras los dos volvían a oír la voz metálica que brotaba de allí:

—«Afortunadamente, usted ha matado al señor Vanes, teniente. Puede que la policía considere eso como un asesinato... ¡Al menos, nosotros nos esforzamos para que lo piense así! Y le veo muy mal, Burt... ¡Muy mal! »

Las manos de Burt Fioreman fueron acercándose al transistor, cuando nuevamente brotó de él la misma voz:

—«Y no piense que este maravilloso aparatito te va a servir de alguna prueba. Él solo se autodestruirá cuando nosotros lo creamos necesario. Hasta ahora, nos ha servido para escuchar todo lo que usted y sus queridos marinos han hablado, pero ya...»

Asombrosamente, una tenue columna de humo empezó a surgir de allí, al mismo tiempo que una nueva escala de silbidos y chirridos brotaban del

receptor. Deseando evitar su anunciada destrucción, Burt Fioreman acercó más sus manos para intentar accionar los mandos y desconectarlo, pero, por fortuna para él, el grito de su amigo George Carey le retuvo:

—¡Aparta, Burt! ¡Puede explotar!

Se apartó por instinto, justamente cuando aquel artefacto pareció convertirse en una bomba de relojería y explotar, en mil pedazos que, a su vez, empezaron a desaparecer como plomo derretido.

Solamente en la mesita, sobre la alfombra y sobre los trajes de los dos hombres que se arrojaron al mismo tiempo al suelo, quedaron las señales de «algo» que se había chamuscado, evaporizándose al segundo por completo.

Eso, y el eco del estallido que rebotó en las paredes de la habitación, llenándolos de confusión.

—¡Vamos, George! ¡Hay que salir de aquí!

Corrieron hacia la puerta, pero, al llegar al pasillo, vieron que ya era tarde. El ruido de la explosión había llamado la atención de dos camareros y algunos clientes, que se abalanzaron sobre ellos impidiéndoles la huida.

Y al poco rato, el recepcionista que les había facilitado la entrada se justificaba ante los agentes de la policía, insistiendo una y otra vez.

—¡Me dijeron que eran amigos del señor Vanes! Yo les creí y...

Uno de los agentes, al colocarle las esposas, anunció con gesto ceñudo:

—El señor Phil Vanes ha sido asesinado... Ya hemos encontrado su cadáver ¡carbonizado!

CAPÍTULO VII

El inspector jefe Cummings les estuvo escuchando muy atentamente. Le resultaba difícil aceptar todo aquello, pero, por otra parte, era absurdo pensar que cuatro marinos, un sargento y un oficial, se ponían de acuerdo para ocultar a la policía algo que hasta entonces nadie veía claro.

Lo del rapto de los cuatro marinos pudo comprobarse, así como el intento que el mismo hombre había hecho con el teniente Burt Fioreman. También aceptó la versión del joven oficial de Marina, cuando declaró que al bajar de su vehículo ante aquella apartada casa, había visto morir al hombre que le obligó a llevarle hasta allí cuando se vio obligado a luchar con él.

Pero dio muestras de incredulidad cuando le hablaron de la existencia de aquel misterioso aparato de radio que, ya en la habitación número 266 del hotel «Palace Hamilton», se había autodestruido tras advertirles una voz misteriosa, que casi se burló de ellos.

El inspector Cummings cruzó sus manos sobre el vientre.

—Bien, señores... ¿Y todo esto, por qué y para qué? —les preguntó.

—Estamos como ustedes, inspector —dijo Burt Fioreman—. Pero me temo que todo empezó cuando detuvimos esa embarcación que le hemos dicho.

—¿Se refiere a los amigos de sir Edward Frankesheimer, teniente?

—Sí, inspector, a esas dos mujeres rubias y sus dos acompañantes.

El inspector Cummings y dos de sus agentes que tomaban sus declaraciones, sonrieron al oírle. El comandante Douglas Mackensy también estaba presente y, visiblemente malhumorado, apostrofó ante su joven oficial:

—¡No diga sandeces, teniente! ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—No sé, señor... Nos parecieron gente extraña.

—¡A mí, no! Sir Edward Frankesheimer lo aclaró todo respecto a sus cuatro amigos. Le dije que el propio gobernador vino con él y demostraron hasta la saciedad quiénes son las señoritas Irina Celi e Ingrid Bur, así como sus prometidos, los señores John Golman y su amigo Noel Caine.

—Me alegro de ello, comandante. Pero desde que nos tropezamos con ellos...

—¡Deje de pensar absurdos, teniente! Encontrar una embarcación algo más lejos de lo normal no le da derecho a mezclar en todo este feo asunto a

esa gente. Sir Edward Frankesheimer responde por ellos. Son buenos amigos suyos que hace días llegaron a Hawaii en su propio yate, procedentes de Inglaterra. Salieron a pescar y... ¡Eso es todo, Burt!

El inspector Cummings dio por terminado el interrogatorio, volviendo a cruzar sobre el voluminoso estómago sus regordetas manos. Indicó a uno de sus hombres:

—Bien, lo que ahora debemos hacer es investigar a ese Phil Vanes y saber qué manejos se traía por aquí. Eso puede que nos diga por qué raptó a esos cuatro marinos e intentó hacer lo mismo con el teniente.

Luego se volvió hacia los marinos, encarándose directamente con el comandante Douglas Mackensy:

—Les tendremos al corriente, comandante. Ahora puede marcharse con sus hombres.

—Gracias, inspector. ¡La Marina también investigará por su parte!

—Me alegra oírle, comandante Mackensy, a ver si entre todos llegamos a ver claro en este feo asunto.

Al salir al exterior del edificio, el comandante Mackensy tocó en el hombro al teniente Burt Fioreman.

—Su permiso sigue en pie, Burt, pero... ¡por lo que más quiera! No se meta otra vez a investigador privado. ¿Lo hará?

Burt Fioreman dudó antes de contestar:

—No le doy mi palabra, señor. Es una cosa que me afecta directamente. ¡Intentaron raptarme para asesinarme!

—Vamos, vamos, Burt, está usted vivo y ese Phil Vanes muerto. Ha salido bien librado de esto, ¿qué más quiere?

—Llegar al fondo de esta cuestión. Me da en la nariz que debajo de todo esto hay algo muy grave; no se rapta a cinco miembros de la Marina así como así.

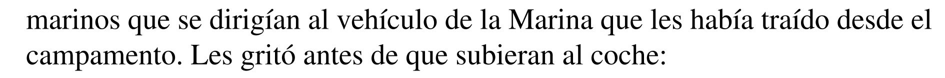
El vehículo del comandante Mackensy esperaba.

—¿Vienen ustedes al campamento? —preguntó. Se dirigía al teniente Burt Fioreman y al sargento George Carey; éste se disculpó:

—Gracias, señor, pero Burt quiere hablar conmigo. Si no le molesta, yo...

—De acuerdo, sargento, pero recuerden lo que les he dicho. ¡Nada de investigaciones privadas!

Burt Fioreman no estaba dispuesto a obedecer a su jefe y, nada más ver partir a su vehículo, se dirigió con paso vivo hacia el grupo de los cuatro


marinos que se dirigían al vehículo de la Marina que les había traído desde el campamento. Les gritó antes de que subieran al coche:

—¡Espera, Roy! ¡Quiero hablar con vosotros!

Taylor no pareció oírle y ascendió al vehículo, pero el oficial llegó ante la portezuela y le ordenó:

—Baja tú también, Taylor. ¡Os invito a un trago!

—Señor, yo...

—Baja, Taylor. ¡Es una orden!

Hizo señas al conductor para que arrancase. Acto seguido, Burt Fioreman se encaró con ellos.

—Bien, chicos... Hay algo que no hemos dicho al inspector Cummings y al comandante. Pero el sargento y yo oímos algo en esa habitación del «Palace Hamilton» que debe quedar aclarado.

—Usted dirá, teniente —balbuceó Taylor.

—Aquel condenado transistor empezó a decir que lo que buscábamos el sargento y yo en aquella habitación ya no estaba allí. Es más... añadió que lo llevaba encima uno de vosotros cuando aquel tipo os raptó y que volvía a estar en su poder...

Los observó en silencio antes de continuar.

—Uno de vosotros debe saber a qué se refería. ¿No es así?

George Carey y Burt Fioreman vieron cómo se miraban unos a los otros, terminando por encogerse de hombros, entre perplejos y confusos. Pero al no despegar ninguno los labios, el oficial apremió:

—Veamos, muchachos. ¿Qué os quitó de encima aquel tipo?

—No lo sabemos, teniente. Ya le dijimos que, al entrar en el vestíbulo, la parte trasera quedó herméticamente cerrada y empezó a salir un chorro de gas que nos adormeció. Cuándo despertamos, estábamos en la habitación donde usted nos encontró, amordazados y atados:

Paul fue quien habló y con él se encaró el oficial:

—Bien, ¿y ahora no sabéis si os falta alguna cosa?

—Aparte de las armas, nada, señor.

Estaban casi cuadrados, pero Taylor movía su mano derecha constantemente, como si tuviese azogue en ella. Burt Fioreman se fijó en este detalle.

—¿Qué te pasa en esa mano, Taylor?

—Nada, señor... Debe ser la sangre. Aquel bestia me ató muy fuerte y la he tenido como dormida todo el día. ¡Me pica!

—Bueno, regresad al campamento. ¡Ya volveremos a hablar de esto!

Los cuatro hombres saludaron y el oficial caminó hacia su propio vehículo seguido del sargento George Caine, al que tranquilizó al subir:

—No te preocupes, George, ya haré cambiar ese asiento.

—¡Harás bien, Burt! ¡Sigue oliendo a carne chamuscada!

* * *

Al entrar en su apartamiento detuvo al sargento que le seguía con un movimiento brusco de su mano. George Caine le miró extrañado.

—¿Qué pasa ahora, Burt? —preguntó.

—Tu olfato falla, George. ¿No hueles nada ahora? El sargento aspiró el aire y al poco dijo:

—A perfume. No sabía que usaras esa marca tan... tan femenina, chico.

—Ni yo... Lo que me indica que aquí hay alguien.

La explicación estaba en la otra pieza. Unas bien torneadas piernas emergían tras el respaldo del sofá de espuma, situado ante el amplio ventanal, y una voz femenina, bien conocida para Burt Fioreman, exclamó al oír sus pasos:

—¡Ya era hora, amor!

—¡Pamela! ¿Qué diablos haces aquí?

Las piernas dejaron de mostrarse al cambiar de posición la mujer, quedando sentada para decir, mirando a los dos hombres con sus grandes ojos color de miel:

—Me cansé de esperar y decidí venir.

Burt Fioreman señaló al hombre que le acompañaba.

—El sargento George Carey... La señorita Pamela Gassman, una buena amiga.

—Eso hasta anoche —corrigió la muchacha de cabellos color caoba—. Después del plantón, ya no somos tan buenos amigos, Burt.

—Perdona, cariño. ¡He tenido muchas cosas que hacer!

—Me dijiste que tenías el permiso en el bolsillo y que sería una noche memorable.

Burt Fioreman movió la cabeza dubitativamente, exclamando:

—¡Y en cierta forma lo ha sido, créeme! ¿Verdad, George?

—Sí... ¡Algo así! —concedió su amigo.

—Explícame... Espero que al menos haya sido más bonita que yo.

—No se trata de eso, Pamela. ¡Estuvimos a la caza de un asesino!

Le explicó algo de lo sucedido y la muchacha de los ojos color de miel le estuvo mirando muy alarmada. Pareció ligar aquello con alguna noticia que venía en el periódico, que había estado hojeando mientras esperaba.

—¿Crees que vuestro rapto tendrá que ver con esto, Burt?

Casi a la vez, Burt Fioreman y George Carey alargaron la mano. El primero alcanzó el ejemplar del *News Hawaii* y en primera página, con una fotografía reciente del portaaviones atómico «Dakota», los titulares informaban:

> *Misteriosa desaparición de toda la dotación del «Dakota». El portaaviones ha sido encontrado a la deriva entre los 160 grados de longitud Oeste y los 35 grados de latitud Sur. El «Dakota», en unión de otras unidades de la Marina, efectuaba reconocimientos en el área donde recientemente se hundió el aerolito procedente de más allá de nuestro Sistema Solar, detectado por nuestras escuadrillas de vigilancia en la órbita de Plutón.»*

Más abajo, el cronista entraba en detalles de cómo había sido encontrado el gigantesco portaaviones atómico, por la dotación del «Kiowa», el «Lancaster» y los acorazados «Neptuno» y «Centurión». Cohetes voladores habían estado sobrevolando toda la zona en un área de mil millas, sin haber podido encontrar un solo marinero u oficial de los 2.500 tripulantes que llevaba el «Dakota» como dotación.

El periodista se quejaba de que los medios informativos no contasen con la franca colaboración de las altas esferas de la Marina, las cuales se habían limitado a decirle que de aquello sabían tanto como él. Pero el cronista aseguraba que, según su opinión personal, los jefes de la Marina les ocultaban algo.

¿Quizás una epidemia general en la dotación del «Dakota»? ¿Un fallo en los experimentos con armas biológicas? ¿Una contaminación atómica, que obligó a la dotación de algún otro buque a lanzar al mar a los 2.500 marineros desaparecidos?

Las especulaciones del cronista eran para todos los gustos y de todos los

colores, terminando por afirmar:

> *«… de cualquier forma, la Marina debe saber dónde están los restos de esos 2.500 hombres. No pueden desaparecer esfumándose en el aire sin dejar ningún rastro... »*

Y terminaba su crónica con una frase que era todo un reto:

> *«A nuestros jefes militares les corresponde contestar a todas estas preguntas...»*

George Carey había estado leyendo también por encima del hombro de su amigo, qué al terminar devolvió el ejemplar a la mujer.

—¿Quién te dio esto? Es muy temprano para que el *News Hawai* haya salido.

—Pasé por la redacción y Jeff Beiwer me dio un ejemplar. Ya sabes que es amigo mío, Burt.

Burt Fioreman se volvió al sargento para decir:

—Tengo una duda, George.

—Creo que es la misma que tengo yo, Burt. Te estás preguntando si el inspector Cummings y nuestro comandante Mackensy ya sabían algo de esto.

—¡Exacto!

—No lo creo, Burt. La edición todavía no ha salido. Ya sabes que Jeff Beiwer es un águila para cazar noticias. Siempre anda mezclado entre los altos jefes militares y en los Ministerios. Quizá se enteró de algo que intentaban mantener en secreto y...

Pareció pensar en otra cosa y añadió, cambiando de tono:

—¡Pobrecillos! ¿Qué habrá sido de esos hombres, Burt?

—Ni idea, George, pero digo como Jeff Beiwer: ¡2.500 marinos no pueden volatilizarse así como así! De haber sufrido el «Dakota» algún temporal o cualquier otro accidente, alguno de ellos habría quedado con vida... ¡O muertos por el barco! ¡Pero no volatilizarse!

—O bien se trata de un rapto a gran escala — opinó la mujer, haciéndoles recordar que seguía sentada allí en el sofá.

—¿Un rapto en pleno Océano Pacífico, Pamela?

—¿No os han querido también raptar a vosotros, según me has dicho? —

protestó la muchacha.

—Sí, pero es distinto, mujer. ¿Quién puede haber intentado una cosa así?

—Rusia... O China... ¡O Australia! —aún insistió Pamela Gassman.

—Las mujeres razonáis de una manera que...

George Carey interrumpió a su amigo.

—Las mujeres razonan de una forma intuitiva, Burt. ¡Posiblemente tenga razón!

—No hay intuición que valga, amigos. ¿Es absurdo pensar que una de esas potencias haga una cosa semejante?

Pamela Gassman volvió a intervenir, intentando reforzar su postura:

—No tan absurdo, cariño. Por una buena razón, se hacen las cosas más descabelladas.

—¿Por ejemplo? —le apremió Burt Fioreman.

—Recuerdo que la prensa nos dijo que ese misterioso aerolito que venía no sé de dónde, desapareció al hundirse en el mar, concretamente en el Océano Glacial Antártico, ¿no es así?

—Sigue, Pamela...

—Bien, Rusia, China, Australia y nosotros mismos nos pusimos a buscar por allí, en esa amplia zona que limita con el Océano Pacífico, donde ahora ha desaparecido toda la dotación del «Dakota».

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Quién te dice a ti que el «Dakota» no encontró restos de ese cuerpo extraño llegado a la Tierra, descubriendo algo que también les interesa a las otras potencias Eso, en sí, ya justificaría la desaparición de todos los hombres, que pudieran hablar de ese descubrimiento que os digo. Y entonces, van y... ¡zas!, arramplan con todos, sin dejar ni uno. ¿Comprendes, Burt?

—Pero ¿qué supones que puede descubrirse en los restos de un aerolito, Pamela?

—No sé, Burt. ¡De eso ya no entiendo!

—Pero de crear fantasías sí, muchacha.

Pamela Gassman pareció molestarse y se incorporó, arreglando su vestido y mirando de pies a cabeza a Burt Fioreman. Luego buscó la mirada de su amigo y le propuso:

—Sargento... Su teniente me debe una invitación. ¿Qué le parece si cumple usted por él y me invita al menos a comer?

—¿Yo, señorita? Por mí...

—¡Narices! —protestó el aludido —. Nos vamos los tres juntos y en paz.

Y para tranquilizar a George Carey añadió, señalándose a sí mismo:

—No temas. ¡Pagaré yo!

CAPÍTULO VIII

George Carey tuvo que dejarles nada más terminar de comer, porque entraba de servicio. Él no tenía permiso como el teniente Burt Fioreman, que galantemente se ofreció a Pamela Gassman para pasar la tarde con ella en una excursión por las islas del archipiélago, aquel día un tanto agitadas por las noticias siempre negativas sobre la búsqueda de los 2.500 marinos misteriosamente desaparecidos del portaaviones atómico «Dakota».

Las ediciones de la prensa se sucedían, los comunicados por la radio y la televisión también, dando todo ello pábulo a los más variados comentarios y a no pocos desagradables incidentes, sobre todo entre los familiares de los hombres destacados en la gran flota del Pacífico.

Cuando regresaron de la excursión, Burt Fioreman acompañó a Pamela Gassman a su domicilio y él se dispuso a marcharse al suyo, ansioso de una buena ducha y descansar, pero bailándole muchas ideas en la cabeza. No quiso retirarse a su apartamiento sin enterarse de las últimas noticias, así como sin visitar al inspector Cummings, quien le dijo, nada más verte entrar en su despacho:

—No hay nada de lo suyo, teniente. Con lo que está pasando, comprenderá que ha quedado en un segundo término.

—Bien, inspector. ¿Al menos saben algo sobre Phil Vanes?

—Sí, parece ser que era un tipo con malos antecedentes. Llegó aquí procedente de Londres hace unos cuantos meses, huyendo de la policía. En Inglaterra también se le buscaba por rapto... Aunque entonces se trataba de mujeres... ¡Y no de marinos, como ustedes!

—¿Qué me dice de lo del «Dakota», inspector?

Cummings puso sus manos regordetas sobre su estómago, adoptando un aire pasivo al musitar:

—¡No sé qué pensar! Me temo que una cosa así traerá, ¡una vez más!, complicaciones diplomáticas. La opinión del Ministerio de Marina es que esos hombres han sido raptados por alguna potencia... Quizá Rusia... ¡O China! ¡Qué sé yo, teniente!

—No le molesto más, inspector. ¡Buenas noches!

—Hasta que quiera, teniente.

* * *

Fue al llegar al alto edificio donde tenía su apartamiento, cuando el portero le salió al encuentro.

—Hay un marino que desea hablar con usted, teniente — le dijo.

—¿Un marino?

—Sí, señor. Le hice subir a la planta donde están los servicios. Parecía encontrarse mal y le recomendé que bebiese algo. Trae una mano vendada y...

Sin saber ciertamente por qué, Burt Fioreman recordó al marinero Taylor, aunque repitió, casi como un eco:

—¿Una mano vendada?

—Sí, señor. ¿Quiere que avise al jefe del barco?

—No, déjelo. Subiré yo.

El ascensor lo dejó en la tercera planta, toda ella dedicada a almacenes, restaurantes, bares, tiendas y otros establecimientos. Cuando avanzó por el salón, distinguió al fondo el uniforme blanco del marinero Taylor, que parecía dormitar sobre uno de los butacones de espuma roja. Por eso destacaba tanto. Le extrañó que el muchacho no se incorporase como era lo correcto y lo habitual, al tener a un superior delante.

—Bien, Taylor... ¿Qué haces aquí y qué diablos te pasa en esa mano?

Taylor logró incorporarse con trabajo. Sus ojos parecían febriles y con un hilo de voz pidió:

—¿Puedo hablar en secreto con usted, teniente? Me siento muy mal y...

—Vamos arriba.

No despegaron los labios hasta encontrarse en el apartamiento, donde nuevamente el oficial le animó:

—Adelante, Taylor. ¿Qué tienes que decirme, muchacho?

—Mi mano, señor... ¡La... la voy a perder!

—¿Por qué?

—No lo sé. ¡Es algo que me está volviendo loco!

—Veamos. Quítate ese vendaje.

Al retirar las vendas, Burt Fioreman vio algo que le dejó tan alarmado como perplejo. El marinero Taylor le estaba mostrando una mano toda ella agrietada, con sangre que parecía hervir en aquellas heridas, como si la carne se empezase a desprender de los huesos, en el extremo de los dedos ya parcialmente descubiertos.

—¡Diablos, Taylor! ¿Qué te ha pasado?

—¡Le digo que no lo sé, señor! ¡Estoy muy asustado!

—¿Por qué no has ido a la enfermería del campamento?

—Es que yo...

Volvió a sentarse, porque realmente lo necesitaba. Había cerrado los ojos para no ver aquellas heridas abiertas inexplicablemente en la palma de su mano, musitando al fin, como en un estallido:

—¡Tengo que decírselo todo, señor! Es algo que he callado hasta ahora para que no me culparan a mí, pero esto... ¡Esto es insufrible, teniente!

—Dices bien, muchacho: suéltalo todo. ¿Cuándo empezó eso?

—¿Recuerda que fui yo uno de los cuatro que saltamos a aquella embarcación que usted nos hizo registrar?

—Sí, tú, Roy, Paul y Gayner. ¡Sigue!

—Bueno... Mientras registraba uno de los camarotes encontré una cajita de plomo, pero que parecía tener una tapa de cristal muy grueso... Dentro había una gran moneda reluciente, como de oro... Y yo...

—¡La robaste!

El movimiento de la cabeza del muchacho fue afirmativo, como el que confiesa una gran culpa. Pero Burt Fioreman pensó que no era la hora de los reproches y nuevamente le animó, sin más comentarios:"

—Sigue, Taylor.

—La guardé en la mano y, cuando desembarcamos, seguí ocultándola. Pensaba que si aquella gente descubría el robo, bien podían sospechar de Roy, o de Paul, de Gaynor o de... de...

—¡O de ti! ¿Verdad?

—El caso es que ya no podía devolverla, porque usted nos hizo que acompañásemos a la Comandancia a aquellas dos mujeres y los dos hombres. Usted entró con ellos a ver al comandante Mackensy y estuvo allí dentro mucho rato.

—Y cuando salí, ya no estabais ninguno allí.

—Fue cuando aquel tipo, Phil Vanes, nos engañó haciendo que entrásemos en su coche. Luego... ¡Ya sabe lo que pasó!

—Bien, recordemos, Taylor. Cuando llegué allí y os encontré, ¿ya no tenías la moneda que robaste?

—No... Pero la palma de la mano empezó a picarme de una manera rara, cada vez más. Al principio creí que se debía a haber tenido las muñecas atadas

fuertemente y que la sangre no circulaba bien, pero luego, según han ido pasando las horas y los días... ¡Mire lo que me pasa!

Seguía mostrándole su mano herida y, al no obtener contestación, indagó, desesperadamente:

—¡Dígame qué es esto, teniente! ¡Dígamelo!

—Lo ignoro, Taylor. No soy médico, pero diría que es... como una descomposición de las células. La carne se va retirando de los huesos y... desaparece.

—¿Y esa sensación de hervir de mi sangre?

—Debe estar contaminada por alguna bacteria. ¡Debemos consultar inmediatamente a un médico!

—No he querido hacerlo sin antes confesarle a usted lo que hice. ¡Ahora me consta que raptaron a Roy, a Paul, Gayner y a usted también, porque no sabían ciertamente quién de nosotros había robado aquella maldita moneda de oro!

Extrañamente, Burt Fioreman dejó de interesarse por el desesperado marinero y casi musitó para sí, levantándose mientras paseaba:

—Bueno... Hasta ahora sólo era una vaga corazonada, pero algo me decía que esas dos rubias y sus atléticos acompañantes tenían que ver con nuestro rapto. ¡Ahora ya no hay duda!

Taylor le observaba pasear, mientras añadía, poniendo en orden todas sus ideas:

—¡Sí! Y pagaron a un indeseable como Phil Vanes para que recuperase de uno de los que saltamos a su embarcación lo que les pertenecía. Si obraron así en vez de reclamar lo que era legítimamente suyo, es por alguna razón poderosa. ¡Una razón que quieren que a toda costa se mantenga ignorada!

Cesó en sus paseos, ayudó al marinero a vendarse nuevamente la mano con suma precaución para no rozar la carne magullada. Luego le dijo:

—Vamos, Taylor... ¡O mucho me equivoco, o tu delito es pequeño comparado con el que oculta esa gente!

—¿Me arrestarán?

—Supongo que sí, muchacho. Tomaste algo de una embarcación que no te pertenecía. Pero eso lo arreglaré yo. Lo primero es ir al hospital a que te examinen la mano.

Mientras esperaban el ascensor, visiblemente avergonzado, Taylor exclamó cabizbajo:

—¡Estoy abrumado, teniente! Cada vez que pienso que Roy y los otros, o

usted mismo, pudieron morir por mi culpa, yo... yo...

—Nada de eso ha pasado. ¡Consuélate! El más perjudicado has sido tú.

—Pero ¿por qué esto, señor? ¡Sólo parecía una moneda de oro! ¡Brillaba mucho!

—El médico lo dirá. ¡Ellos entienden de estas cosas!

CAPÍTULO IX

Burt Fioreman esperó pacientemente el examen médico, no extrañándose cuando el doctor Sidney salió anunciándole:

—¡Isótopos radiactivos, teniente! ¡Ese muchacho no tiene salvación!

—¡Pobre Taylor! Bien caro ha pagado su codicia.

Luego, al instante olvidó la parte humana, preguntando vivamente interesado:

—Explíquese, doctor.

—Es muy sencillo: cualquier cuerpo puede quedar impregnado de isótopos radiactivos. Basta que sobre él se proyecten cargas de átomos en cadena, con una determinada función. Constantemente están fluyendo y así pueden localizarse por medio del reactor que los ha proyectado.

El doctor Sidney vio la atención que aquel hombre ponía en sus explicaciones, intentando ampliar con términos sencillos:

—En otras palabras, usted impregna una moneda con cierta clase de isótopos, por ejemplo. La arroja usted es mitad del Océano Pacífico y le aseguro que, con toda su inmensidad, podría ser localizada fácilmente por medio de los isótopos que desprendería. Es un fluido constante.

—O sea, que... ¿por ese medio se puede localizar dónde está una persona?

—Si lleva esa moneda que le digo encima, convenientemente protegida en una caja de revestimiento de plomo, sí.

—Taylor me dijo que la moneda que él robó estaba dentro de una caja de plomo, aunque con una tapa de cristal transparente muy gruesa.

—El cuarzo se puede hacer transparente, teniente. Basta que en la aleación haya una mezcla de...

De pronto, sin que aparentemente viniese a cuento, Burt Fioreman preguntó al extrañado director del hospital:

—¿Conoce usted personalmente a sir Edward Frankesheimer, doctor?

—Sí, hemos cenado muchas veces juntos. ¡Es uno de los pocos multimillonarios que me resulta agradable! Fino, culto, cortés, extremadamente simpático y yo diría que una biblioteca viviente. ¡Sabe de todo! A veces he tenido la impresión de que ese caballero inglés lleva viviendo muchos siglos...

—Gracias, doctor. ¿Dice usted que ese muchacho no tiene salvación? ¿Ni aun cortándole la mano?

—Demasiado tarde. No se adelantaría nada: los isótopos ya han ido penetrando en toda su sangre. Incluso tendremos que mantenerle completamente aislado para evitar posibles contaminaciones. ¿Comprende?

—No mucho, pero me consta que usted habla con profundo conocimiento de causa, doctor. ¿Me permite utilizar el teléfono?

—Hágalo.

—Voy a comunicar al comandante Mackensy lo que hay.

Siempre amable y servicial, el doctor Sidney quiso ahorrarle trabajo al comentar:

—No lo encontrará en su despacho. Creo que estará en la fiesta que da sir Edward Frankesheimer en su finca. Yo también estaba invitado, pero... ¡Ya sabe! Nuestra profesión es como el sacerdocio. Tuve que realizar una operación urgente y cuando usted llegó con este caso...

—Otra vez gracias, doctor Sidney. Sólo deseo pedirle un favor más... No le diga a ese muchacho cuál será su fin.

—¡Por supuesto! El paciente siempre quiere saber la verdad, pero en muchos casos se la tenemos que ocultar. ¡Le diremos que es una simple infección!

* * *

Sir Edward Frankesheimer tenía sus fincas en Warbis Hill, precisamente en lo alto de la colina que dominaba casi todo el archipiélago de las islas Hawaii.

Se decía que siglos atrás, en una erupción volcánica, la rugiente lava había creado aquella gran plataforma donde un caprichoso millonario inglés mandó construir su mansión, toda ella de mármol blanco transportado desde la lejana región de Carrara, en Italia. Una de las bocas del volcán quedó convertida en lago. Adquirida la finca por los antepasados de sir Edward Frankesheimer, su bisabuelo ordenó que se construyera una enorme piscina para disfrute de los muchos invitados de los que solía rodearse en las temporadas que pasaba allí.

Con el correr de los años, poderosos antepasados y muchos millones, la mansión de los Frankesheimer se había convertido en un maravilloso museo que era la admiración de propios y extraños. En aquel gran palacio de mármol italiano no faltaba de nada, se había sabido conjugar en él armoniosamente los

adelantos más modernos con la antigüedad clásica de las pasadas épocas griegas y romanas. Columnas jónicas, estatuas helénicas, bronces románicos y una serie de plataformas sabiamente escalonadas, hacían parecer a los invitados que se encontraban en los nuevos jardines colgantes del gran Nabucodonosor. Sir Edward Frankesheimer no era ningún rey de Ninive, porque los tiempos de Babilonia habían quedado muy atrás. Pero sí era un auténtico emperador de las finanzas mundiales, siendo los directores de sus muchas compañías especie de príncipes de la Economía que podían hundir o crear los gobiernos locales de no pocos países de la Comunidad Occidental.

Se decía, y no sin razón, que incluso en los países bajo la hegemonía de Rusia o China, Sir Edward Frankesheimer tema el suficiente poder como para convertir las áridas estepas del desierto de Gobi en un estado floreciente, o para arruinar zonas tan fértiles e industriales como las del Turquestán. Para ello, bastaba que sus flotas variasen las rutas, que los encargados de sus oleoductos cerrasen el suministro de petróleo... o, simplemente, que sus compañías aéreas dejaran de la noche a la mañana de utilizar ciertos aeropuertos.

Pero el poder de Sir Edward Frankesheimer no radicaba sólo en sus muchos millones. Heredero de una raza de hombres indómitos y férreos, que jamás se rendían, sus antepasados se perdían en la noche de los tiempos y, ya entonces, un Frankesheimer de turno había empuñado la batuta de las finanzas mundiales.

Últimamente, del actual Frankesheimer se decía que había nacido en la Estación Espacial de Marte, pero que se había dignado, descender a la Tierra como un dios poderoso y bueno, para crear nuevas y gigantescas industrias en la mayor parte de aplicación espacial, para que sus contemporáneos pudieran escribir que también fue un Frankesheimer quién impuso la conquista del resto de los planetas del Sistema Solar.

Fecundos y pródigos en todo, los Frankesheimer solían siempre tener muchos hijos y cuando uno faltaba, el que le seguía tomaba el mando de la poderosa familia:

Familia que a muchos se les antojaba inmortal...

Para que esta impresión fuera más completa, sólo bastaba con mirar a uno de ellos. Todos eran iguales, como cortados por el mismo patrón: altos, delgados, de rostro enérgico y ojos grises penetrantes, pero con una sonrisa en los labios que pretendía ser benévola, como la de un rey que se divierte tirando de los hilos que mueven a sus súbditos, hombres inferiores que en último término se agitaban bajo su soberana voluntad.

Sus amigos más íntimos también era gente elegida, selecta, casi exactos a ellos, con poder y riquezas y que solían visitarle desde los puntos más lejanos de la Tierra, cuando no resultaba que a la larga eran elegidos gobernadores de

los planetas y satélites naturales que se iban colonizando.

Y últimamente, sus invitados de honor eran dos espléndidas mujeres rubias llamadas Irina Celi e Ingrid Bur, que habían llegado a Hawaii en compañía de dos hombres atléticos llamados John Golman y Noel Caine.

* * *

Burt Fioreman no había sido invitado a la fiesta, pero no le costó mucho trabajo mezclarse entre los numerosos allí reunidos.

Le bastó vestir su uniforme de oficial de la Marina. Cuando un criado le pidió, respetuosamente la invitación, le contestó:

—Vengo de servicio. Tengo que darle un recado personalmente al comandante Douglas Mackensy.

—Bien, señor...

Una vez allí, podía elegir lo que quisiera. Bailar en alguno de los jardines de las terrazas escalonadas, cenar con otros comensales que ya mostraban su excelente apetito; recorrer las largas galerías convertidas en museos; escuchar el concierto de una famosa orquesta sinfónica, que ejecutaba un selecto repertorio al otro lado de la colina, en la parte más alejada de los jardines; coquetear con damas lujosamente ataviadas; charlar tranquilamente en los salones interiores con los más prestigiosos hombres de ciencia... o buscar lo que le interesaba.

Decidió lo último y, una vez distinguió la espléndida cabellera rubia de Irina Celi, pugnó por abrirse paso entre las parejas hasta llegar a ella.

—¿Me permite? Traigo un saludo para la señorita de parte de un amigo común... —Le pidió a la persona que bailaba con la joven.

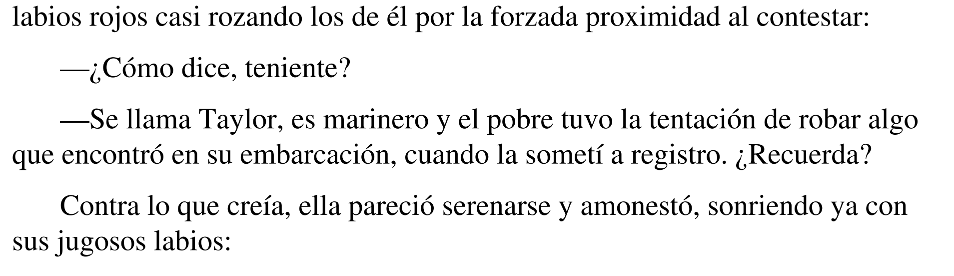
La pareja de Irina Celi pareció contrariarse ante la interrupción, pero nada dijo al ver que la muchacha lo saludaba.

—¿Cómo por aquí, teniente? Creo que no le hemos incluido entre la lista de los invitados.

Burt Fioreman ya estaba rodeando con su brazo la breve cintura de la mujer. Mientras sentía la tersura de la mejilla de la joven junto a la suya, manifestó.

—Lo que dije es cierto, señorita Celi. ¡Le traigo el saludo de un hombre que va a morir!

Irina Celi trató a su vez por apartar su cuerpo del hombre, sin conseguirlo. Su mano fina y bien cuidada se apoyó en el pecho del oficial, dejando sus



labios rojos casi rozando los de él por la forzada proximidad al contestar:

—¿Cómo dice, teniente?

—Se llama Taylor, es marinero y el pobre tuvo la tentación de robar algo que encontró en su embarcación, cuando la sometí a registro. ¿Recuerda?

Contra lo que creía, ella pareció serenarse y amonestó, sonriendo ya con sus jugosos labios:

—¿Por qué se empeña en recordar aquel enojoso incidente? Al fin y al cabo ustedes cumplieron con su obligación y nuestro momentáneo enfado pasó, teniente.

—Aquel incidente, como usted lo llama, tuvo su continuación, señorita Celi. Al poco raptaban a cuatro de mis hombres y a punto estuvo su empleado de hacerlo también conmigo. Comprendo que, al ignorar quién de los cuatro marineros que saltaron a su embarcación conmigo había robado su moneda de oro con isótopos radiactivos, los raptaron a todos para recuperarla. Pero si Phil Vanes lo hizo así, ¿por qué intentó llevarme también a mí allí?

—No sé de qué me habla, Burt.

—¡Vaya! Veo que conoce mi nombre.

—Nos lo dijo su comandante... Por favor... ¡No apriete usted tanto! Es imposible bailar así.

—¿Prefiere que sigamos charlando?

—Si continua diciéndome cosas que no comprendo... ¡Rotundamente no!

Pero caminaba hacia una de las galerías sin soltar su mano, como conduciéndole entre las parejas que, al reconocerla, sonreían a su paso.

Irina Celi devolvía los gentiles saludos. Al quedar sola con Burt Fioreman invitó:

—Vamos... ¿Por qué me cuenta todo eso?

—Se lo dije, Irina, porque uno de mis hombres va a morir, corroído por los isótopos radiactivos de aquella especie de moneda que les robó.

Burt Fioreman vislumbró la duda y el recelo, en los ojos intensamente azules, de la mujer. La tomó firmemente por las muñecas.

—¡Y usted me va a decir por qué ocultaron una cosa así y recurrieron al rapto, cuando hubiera sido mucho más sencillo y más lógico reclamar algo que les pertenecía!

La mujer rubia no hablaba. Sólo le miraba tan intensamente que Burt Fioreman se irritó al sentir el fuego de sus pupilas.

—¡Hable de una vez, Irina! ¿Qué es lo que ocultan usted y sus amigos?

¿Quiénes son? ¿Qué han venido a buscar aquí?

Ella siguió sin despegar los rojos labios, pero a la espalda de Burt Fioreman alguien contestó por ella:

—Han venido a buscar fecundidad... ¡Hombres y mujeres, amigo Burt!

CAPÍTULO X

Al girar levemente la cabeza, Burt Fioreman vio un rostro que al instante reconoció.

No por haberle tenido delante de él muchas veces, sino por haber visto aquellos rasgos aristócratas y distinguidos en más de una portada de las revistas, anunciando a bombo y platillo que Sir Edward Frankesheimer emprendía tal o cual nuevo negocio o industria.

El dueño de la regia mansión le sonreía, pero junto a él tenía a los dos atletas que Burt Fioreman había conocido acompañando a las dos mujeres rubias en la embarcación, a más de doscientas millas de las islas Hawaii.

Y las manos de aquellos dos gigantes empuñaban sendas pistolas de rayos paralizantes.

Burt Fioreman no soltaba las muñecas de la mujer y dijo, indicando al fondo con su enérgico mentón:

—Hay demasiados invitados para que se atrevan a hacer alguna tontería, señor Frankesheimer...

—No lo crea. A John o a Noel les basta con apretar esos gatillos y usted quedará tan paralizado como una roca, teniente. Si alguien se fija, diremos que ha bebido con exceso y le llevamos dentro para que se despeje.

Luego le sonrió elegantemente, añadiendo con pasmosa seguridad:

—¿Conoce usted a alguien en la Tierra que sea capaz de dudar de la palabra de un Frankesheimer, amigo mío?

—¡No cante victoria! No soy hombre que quede anonadado por su fabuloso prestigio, señor... Y si no dejan de apuntarme con esos chismes, me pondré a gritar.

Sólo tuvo tiempo de advertir una leve señal en el rostro, de aquel hombre, seguido al instante de un chasquido. Luego nada más: las tinieblas le cerraron como en un pesado sueño y nunca llegaría a averiguar si al desplomarse llegó al suelo del cuidado jardín...

—¡Llevadle dentro! ¡Éste nunca más volverá a hablar con un habitante de la Tierra! ¡Sabe demasiado!

* * *

La voz sonaba monótona y parecía venir de muy lejos, pero Burt Fioreman distinguía perfectamente las palabras que penetraban en sus oídos insistentemente:

—...Con referencia a la inmortalidad, mí firme convicción es que si hay algo en mí de algún valor permanente y de utilidad al Universo, este sabe cómo preservarlo...

La voz callaba por un instante, para volver a recitar:

—...Lo que en mi haya que no sea de valor y utilidad permanente, ni podrá ni deberá ser conservado...

Burt Fioreman logró incorporarse y vio que estaba en una sala amplia de paredes totalmente metálicas. Irina Celi se hallaba sentada junto a la cama donde se encontraba sentado, con una bata blanca que hacía resaltar más aún su espléndida cabellera rubia, leyendo un libro.

Apenas parpadeó la mujer al retirar de las hojas del libro sus brillantes pupilas cuando él se movió.

Volvió a la lectura con voz de tono más bien bajo:

—Porque allá, en la Tierra, uno por uno todos son mortales, aunque juntos y como especie resulten eternos...

—¿Qué es eso, Irina? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me habéis traído aquí? ¿Dónde me encuentro y por qué me acompañas tú?

La hermosa mujer le sonrió con dulzura, como nunca había hecho con él. Entonces se dio cuenta de lo sumamente bonita y armoniosa que resultaba. Comprendió que había estado enamorada de ella desde el primer instante en que la vio en la embarcación. Al oírle decir con voz dulce y acariciadora, ligeramente divertida, le pasó el enfado que sentía por encontrarse allí.

—¡Uf, Burt! ¡Demasiadas preguntas! Vas a tener que ir aprendiendo a contenerte. Donde vamos la impaciencia no existe.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde me lleváis, Irina?

—A otro mundo, Burt. A un mundo mejor y eterno, donde los hombres y las mujeres son inmortales...

Quiso levantarse y no pudo. Sólo consiguió quedar sentado en aquella especie de camilla, pues estaba sujeto por correas blancas y brillantes, que aprisionaban sus piernas y muslos, no permitiéndole ningún movimiento. Sólo sus brazos y tórax quedaban libres; tampoco podía doblar la columna vertebral para intentar librarse de las ligaduras.

—¿Qué significa esto, Irina?

—Te repito que poco a poco lo irás sabiendo todo, Burt. Nos queda

mucho tiempo, cariño... ¡La eternidad!

—¡No digas tonterías! ¿Estamos en los sótanos de la finca de Frankesheimer?

—No... Estamos en un submarino construido a millones y millones de años luz de la Tierra. Para que tengas una idea más exacta, en el norte del Océano Pacífico.

—¿Por qué me habéis traído aquí?

—Vas a viajar con nosotros, Burt. En cuanto completemos el cargamento.

—¿Qué cargamento?

—Sir Edward Frankesheimer te lo dijo: el de hombres y mujeres fecundos que hemos venido a buscar.

Todo aquello era absurdo, pero, en vista que no era capaz Irina de hablar de otras cosas, Burt Fioreman recordó.

—¿No dices que «sois» eternos, e inmortales? De ahí se entiende que no necesitáis perpetuaros. ¿Por qué entonces esa búsqueda de hombres y mujeres fecundos?

—¡Oh, Burt! Tú no sabes lo que es un mando sin niños... Allí, cuando van pasando las generaciones y los niños dejan de serlo, nos quedamos muy tristes.

Burt Fioreman seguía boquiabierto cuando ella añadió, cambiando de tono su dulce voz:

—Además... debemos poblar nuestro Universo-Isla. Cada una de las parejas que hemos raptado, darán origen a la Vida en un nuevo planeta de nuestro Universo-Isla. ¡Seréis como Adán y Eva, sueltos en paraísos que se poblarán hasta la quinta o la sexta generación! Aunque luego... luego vuestros descendientes ya se convertirán también en inmortales y no podrán tener más hijos... Entonces nos veremos obligados a viajar nuevamente a la Tierra, para empezar una vez más el ciclo...

Burt Fioreman estaba dispuesto a llegar al fondo de aquel galimatías. Quería saber si, tras adormecerle con la pistola de rayos paralizantes, él se había vuelto loco y no comprendía nada, o la loca era aquella mujer que ahora se mostraba con él cariñosa y complaciente... ¡hasta dulce!

Por eso indagó:

—¿Por qué nos volveremos también inmortales?

—Es un problema científico que no entenderías, Burt. Tú no has estudiado profundamente la Biología. Pero si sabes que existe la llamada «ley de compensaciones». Nuestra eterna duración nos hace infecundos, como si fuera

el precio que tenemos que pagar. Yo hace más de treinta mil años que soy infecunda...

—¿Treinta mil... qué, Irina?

—He dicho treinta mil años, Burt.

Sacudió la cabeza, como si estuviera sufriendo una horrible pesadilla. No podía dar crédito a todo lo que estaba oyendo. Era completamente absurdo pensar que aquella mujer que tenía sentada junto a él, con un libro en las manos y mirándole con aquellos grandes ojos intensamente azules llenos de vida, tuviera más de treinta mil años, como ella le decía.

Tampoco era cierto que estuviera en un submarino, en el fondo del Océano Pacífico, al norte de las islas Hawaii donde él sabía que llevaba varios años destinados. Por alguna razón que no llegaba a comprender, Irina Celi quería meterle todas aquellas ideas en la cabeza, "quizá deseando aprovechar la debilidad que seguía tras haber sido adormecido con los rayos de una pistola paralizante.

Él había descubierto algo que a ellos les interesaba ocultar y ahora bombardeaban su cerebro con todas aquellas ideas absurdas de eternidad, inmortalidad y nuevos Universos-Isla, donde no había niños y era preciso venir a la Tierra para buscar hombres y mujeres fecundos.

—¡Como si la raza humana fueran conejos!

Se tendió sobre la camilla y giró la cabeza, para apartar la vista de aquellos ojos que parecían pretender hipnotizarle. Si había sido lo suficientemente estúpido y confiado para dirigirse a Irina Celi confiándole sus sospechas, ahora debía sufrir las consecuencias.

Esto de las consecuencias le hizo preguntar, temiendo lo peor tras aquellas burlas:

—Habla en serio. Trina. ¿Qué vais hacer de mí?

—¿Por qué no me miras?

—Me asustan tus ojos. Tengo... tengo la impresión de que me miras desde una infinita lejanía...

—Es así, Burt. ¡Te miro desde el fondo de los siglos! Tal como contáis vosotros.

Giró nuevamente la cabeza, irritado.

—¡Y dale con esa majadería de tus treinta mil años! ¿Sabes que para ser ancianita eres excesivamente hermosa?

—Gracias, Burt. ¡Eres muy galante con las mujeres!

—¡Pero no con las momias vivientes! ¡Y si insistes en decir que eso es

cierto, ya te estás largando de mi lado y me dejas en paz!

—No puedo, Burt... Me han encargado que te vigile después de tu operación.

Nuevamente se alarmó el oficial.

—¿Qué operación?

—En el vientre, junto al intestino grueso, ya tienes el regenerador de células que necesitabas. Eso te permitirá, cada siete años, regenerar nuevamente todo tu cuerpo y confiamos en que también llegues a ser inmortal...

—¿Cómo dices? ¿Pero es que me habéis operado? ¿Habéis metido algo en mi cuerpo?

—Yo te lo he dicho. Un regenerador de células. ¡Era preciso, Burt!

Volvió a sentarse con un movimiento brusco y, al tener las manos libres, intentó tocarse el vientre. Pero no sintió nada: algo duro le envolvía desde la cintura a los muslos, como si fuera una placa metálica. Y la voz de la mujer le advirtió:

—No es que importe mucho, pero cuanto menos te muevas mejor, Burt. Aunque ya, una vez pasados los diez días...

—¿Pretendes decirme que llevo diez días aquí?

—No, Burt... ¡Llevamos veinte! Los otros tuvimos que emplearlos en los análisis de sangre, de tus células, nervios motores... En fin, todo un completo estudio de tus particularidades fisicoquímicas.

—¡Demuéstrame lo que dices! ¡Demuéstramelo, Irina!

Por toda respuesta, la mujer rubia se levantó y fue hacia uno de los extremos de la habitación. Oprimió un botón y en la pared metálica se empezó a abrir un panel en el que apareció una pantalla cóncava: a un lado estaban los botones de mando y la voz femenina preguntó, aun dándole la espalda:

—¿Qué prefieres ver, Burt? ¿Nueva York, Londres, París o...?

—¿Es televisión eso?

—Sí; vía satélite, de los que tenéis situados sobre el norte del Pacífico.

—¡Hawaii! Quiero ver la Avenida West, el edificio de la «Mining Climax Company», donde hay reloj atómico que marca también los días y los años... ¿No le conoces?

—Sí, cuando fuimos invitados de Sir Edward Frankesheimer pude verlo. Pero no sé si consiguió localizarlo.

—Cuando empiezan los programas siempre aparece. ¿Qué hora es?

—No tengo idea, Burt. Cuando no estamos en la Tierra, nunca necesitamos los relojes.

Jocosamente, Burt comentó, recordando todo lo que ella le había estado diciendo:

—¡Se comprende! ¡Si sois inmortales, eternos...! ¡Todo número es cero para lo infinito! ¿Verdad?

Irina Celi se volvió hacia él, mirándole muy seria.

—Aunque no te lo creas, así es —declaró.

—Déjate de sandeces y procura localizar las Hawaii. Con un poco de suerte, veremos el programa. ¡A veces hasta resultaba divertido!

No fue divertido, pero si harto elocuente y abrumador para Burt Fioreman. Cuando, tras varios cambios de canales y oscilaciones de la pantalla, apareció ante él el rostro conocido de uno de los presentadores en los estudios de Televisión de las islas Hawaii, nada más que Irina sintonizó el sonido, quedó anonadado al escuchar que la voz del locutor decía:

—... búsqueda ha sido inútil y todos los comentaristas estamos de acuerdo en que la desaparición de esos 2.500 marinos es el misterio del siglo. Revolviendo los archivos, sólo hemos encontrado un caso semejante, cuando ahora hace exactamente noventa años, el día 2 de junio de 2.212 también desaparecieron sin dejar rastro, 3.548 hombres y mujeres que navegaban hacia Australia, destinados a la repoblación del Great Sandy Desert, que por aquellas fechas las obras hidráulicas ya habían conseguido convertir en un vergel...

La voz del comentarista del programa siguió sonando, pero Burt Foreman ya no le prestaba atención. Hacía cálculos mentales.

— «Ahora hace exactamente noventa años, el dos de junio del año 2.212... Lo que quiere decir que estamos a...
—A dos de junio de 2.302... —le ayudó la mujer.

Las cuatro pupilas se taladraron y las de ella parecían brillar con gesto triunfal al indagar, entre divertida y animadora:

—¿Te convences ahora, Burt? Recuerda que Sir Edward Frankesheimer dio su fiesta el día 13 de mayo...

—Entonces... ¡Es cierto! ¡Llevo veinte días aquí!

—Ya te lo dije antes.

Burt. Fioreman volvió a guardar silencio, pero sin dejar ni por un instante de mirar a la mujer rubia. No se atrevía a parpadear, mientras múltiples ideas acudían su mente, atormentándole el cerebro. De entre ellas, una se abrió paso.

—¿Habéis sido también «vosotros», quiero decir...? —preguntó.

—¿Lo de los marinos, Burt?

—¡Sí! ¿Los habéis raptado también?

—Sí, es, están también en este submarino, sometiéndose a la operación.

Sentía que la cabeza le daba vueltas y sólo pudo decir, antes de volver a quedar tendido:

—Dame algo para dormir, Irina, por favor... ¡Lo necesito!

—Sí, amor... ¡Estoy aquí para servirte en todo, Burt!

Poco después, dócilmente, como un niño, se volvía a sumir en la dulce inconsciencia. ¿Sería aquello ir camino de la inmortalidad...?

CAPÍTULO XI

John Golman debía ser el comandante de aquel gigantesco submarino que complacientemente le estaba mostrando. Al menos, toda la tripulación le obedecía con amabilidad y prontitud, aunque sobre el traje de caucho blanco que se ajustaba perfectamente a su cuerpo no llevase ningún distintivo ni galón que lo indicase así.

Otra cosa que le extrañó fue qué todos aquellos hombres y mujeres se tutearan, mostrándose cordiales unos con otros y, al parecer, totalmente de acuerdo en unos fines que Burt Fioreman ya empezaba a vislumbrar.

Él era oficial de la Marina y conocía muy bien todas las poderosas embarcaciones que los hombres que vivían en el año 2.302 habían, sido capaces de crear. Sin embargo, aquélla en la que viajaba no admitía parangón: era muchísimo más grande, más poderosa, más funcional y con unas estructuras que parecían desafiar a todas las leyes de la navegación submarina. Se había dado cuenta de que aquellos anchos pasillos metálicos no parecían tener fin, y preguntó al hombre que le acompañaba:

—¿Es circular?

—Por supuesto, de esta forma se han eliminado los frotamientos con los ángulos, tanto al avanzar por el mar como por el espacio.

—¿Es que... «esto» vuela?

John Golman sonrió bastante divertido. Pero, para ahorrarse toda explicación que podría resultar incomprensible para Burt Fioreman, se limitó a decir:

—Sí... ¡Vuela!

—Y claro está, en este submarino-volador es donde nos van a llevar, a mí y a esos 2.500 marinos del «Dakota» que también han raptado, a ese maravilloso Universo-Isla donde dice Irina que los hombres y las mujeres sin inmortales, ¿no es así?

John Golman abrió una nueva compuerta tras pulsar el botón eléctrico que la franqueaba. Invitó con un gesto de su mano, a la vez que contestaba:

—Aunque le cueste trabajo creerlo, así va a ser, Burt. ¿No quiere seguir?

—Le diré, John... En vez de mostrarme tanta maravilla mecánica, preferiría que me aclarasen eso de una condenada vez. ¿Todo lo que me ha dicho Irina es verdad?

—Supongo que Irina no le habrá engañado en nada, Burt. Ella va a ser su

compañera...

—¿Mi qué...?

—Su compañera hasta que le emparejemos a usted con una de las mujeres que también nos vamos a llevar.

Burt Fioreman quedó plantado ante aquel gigante de poderosos músculos, pero retándole con su furiosa mirada.

—Escuche, John, no sé por qué quieren meterme todas esas absurdas ideas en la cabeza, pero si es cierto que en su maravilloso mundo ustedes se rigen con un poco de cordura y ecuanimidad, sabrá que una condición indispensable para la felicidad es lo que aquí, democráticamente hablando, llamamos la libre elección. Y si han pensado emparejarme con alguna mujer como si fuera un conejillo de Indias, le advierto que de mí no obtendrán el resultado que apetecen. ¿He hablado claro?

—Ha hablado usted claro, pero desconociendo algunos factores, Burt.

—¿Por ejemplo?

—El emparejamiento será hecho de acuerdo con sus necesidades, apetencias, instintos, gustos e inclinaciones. Poseemos cerebros electrónicos ultrasensibles que, previo el suministro de todos los datos necesarios, nos indican, sin error posible, la pareja ideal.

—Lo siento; no tengo fe en esas máquinas casamenteras; En Nueva York, conocí una agencia matrimonial, que también empleaba para sus asociados y asociadas pulcros y modernos cerebros electrónicos para encontrar a cada uno su pareja ideal.

Hizo un gesto vago con ambas manos y añadió:

—Resultado... ¡El cincuenta por ciento de tales matrimonios terminaban en divorcio!

—Puede burlarse si quiere, Burt. Una de las cosas que nos gustaría que no perdiese es su sentido del humor. Si de algo estamos necesitados, aparte de nuevas generaciones de niños, es de alegría.

Con prontitud, Burt Fioreman replicó en tono incisivo:

—La alegría se pierde cuando a la gente se la obliga a hacer las cosas. Y que yo sepa, a mí no me han consultado para traerme aquí.

—Era necesario, Burt. El desafortunado comportamiento de su marinero, el llamado Taylor, nos forzó a tener que utilizar los servicios de Phil Vanes. Luego, usted le mató y todo empezó a complicarse: admita que no podíamos dejar cabos sueltos. ¡Nuestra misión es muy importante!

—¡Sí! Pero el pobre Taylor ya habrá muerto.

—¡Era un ladrón! Nos robó nuestro orientador.

—¿Su qué, John?

—Taylor tomó de aquella caja de plomo, lo que nosotros llamamos el «orientador». Despide unas partículas constantes que nos permiten ser detectados por este submarino. Una vez que decidimos abandonar las Hawaii, para nosotros era vital tenerlo y por eso no dudamos en recurrir a...

Burt Fioreman sostuvo la mirada de aquel hombre tan alto como él, avanzó con lentitud una de sus manos hasta tocar uno de sus antebrazos, indagando de pronto:

—Dígame, John... Usted... ¿ustedes pertenecen a la raza humana?

John Golman sonreía, permitiéndole que siguiera presionando con los dedos sobre su antebrazo. Y hubo cierta burla en su voz al contestar:

—Sí, Burt... Somos exactamente igual que ustedes, salvo una particularidad.

—¿Cuál?

—¡Somos inmortales!

—¿Por qué? ¿Por qué no mueren ustedes?

—Por el generador de células. Es algo que nos permite regenerar todo nuestro cuerpo cada ciclo de siete años. Supongo que algo habrá usted oído sobre esto.

—He leído algo también... ¡Pero no alcanzo a comprenderlo! Irina misma me ha dicho que tiene... ¡Que tiene más de treinta mil años!

—Y es verdad, Burt.

—¡Pero eso es imposible! ¡No puede ser!

—¿Por qué? ¿Porque la ve usted hermosa y lozana? Ya le he dicho que el ciclo de regeneración tiene efecto cada siete años.

Sin poderlo evitar, con movimiento reflejo Burt Fioreman se tocó el vientre recordando la operación a la que había sido sometido, exclamando con un hilo de voz casi inaudible:

—Entonces, yo... yo...

—Eso depende, Burt, el generador en algunos tiene éxito. En otros no.

—¿Qué es? ¿Qué diablos me han metido aquí?

—Un injerto.

—¿De quién? ¿De dónde han sacado este endemoniado aparato?

—Cálmese y escuche, Burt. Le he dicho que nosotros somos inmortales,

pero es por lo que respecta a enfermedades y a vejez. Sin embargo, no estamos libres de morir por accidente, por muerte brusca y violenta, por...

Furioso por todo aquello que no llegaba a comprender muy bien, Burt Fioreman soltó:

—En una palabra, que si les pudiera soltar a todos ustedes un disparo, su cacareada inmortalidad se iba al cuerno, ¿no es verdad?

John Colman cambió la expresión de su rostro.

—¿Y por qué iba a desear hacer eso, Burt?

—¡Que diantre! ¡Para salir de aquí! ¡Para largarme!

—A cambio de lo que deja, le ofrecemos mucho más.

—¡No quiero la inmortalidad! ¡Valiente dádiva! ¿Cree que me resultará divertido vivir treinta o cuarenta mil años? ¿Para qué diablos quiero ese regalo?

—Habla usted así, porque ha vivido y se ha desarrollado en este mundo bajo y mezquino de la Tierra, en donde la mayor parte de la existencia es lucha, tesón, trabajos y sufrimientos. Ustedes consumen sus días empujados por la ambición de llegar a los puestos más altos; por encaramarse a posiciones privilegiadas, por conseguir privilegios que no gocen los demás; por alcanzar la fortuna y el dinero que les da poder; por lograr la fama que les distinga del resto de la masa; por elevarse sobre sus contemporáneos, para que incluso las generaciones futuras sigan pronunciando con veneración sus nombres...

—¿Acaso todo eso no es digno?

—¡No! ¡No lo es! Vivir así es una enfermedad, a la que cada diez y seis horas el sueño les trae cierto alivio. Pero si bien lo mira, ese sueño no es más que un paliativo: el remedio es la muerte. Y como en realidad llega un momento que se sienten terriblemente cansados, desean que la muerte los acoja para descansar.

—Déjese de filosofías, John. Esto que me han metido aquí... ¿a quién pertenecía?

—A uno de nosotros: un hombre que murió de accidente. El generador puede ir renovando las células hasta el infinito. Pero no puede evitar la muerte violenta. Comprenderá que si, por ejemplo, a mí me cortaran la cabeza, el generador tardaría ese ciclo de siete años que le he dicho en multiplicar las células, los tejidos y todo lo necesario para que me saliera otra. Para la vida, la esencia vital, ya habría escapado de mi cuerpo y todo su esfuerzo resultaría inútil.

—¿Debo deducir de esto que ustedes traen esos injertos desde su remoto

Universo-Isla, para aplicárselo al llegar aquí a hombres y mujeres que raptan?

—Así es, Burt.

—Y usted que ha hablado de moral, de nuestras podridas ambiciones, ¿cree sinceramente que eso es lícito?

—Todo depende de cómo lo mire. Quien quita una cosa, pero ofrece luego infinitamente mucho más, no engaña. ¡Regala!

—¡Pero a la fuerza!

—¡Oh! Resultaría muy fatigoso intentar convencerles a ustedes por las buenas. Otra de las cosas que tienen muy arraigada es la incredulidad. Acostumbrados a ser engañados, jamás creen al que les ofrece mil por uno.

—Pero ustedes, al apartarme de mi mundo, de mi medio ambiente, prácticamente me han matado. ¡Me han quitado la vida!

—Le brindamos otra infinitamente más larga. Ya hemos vivido estas experiencias y puedo asegurarle que, antes de muy pocos años, usted nos lo agradecerá.

—¿Y si no es así?

John Golman hizo un gesto de fatiga, cómo cansado de tanto hablar. Volvió a indicarle la compuerta abierta para seguir mostrándole la gigantesca nave.

—Peor para usted. ¡Ya se acostumbrará!... ¿Seguimos, Burt? —terminó diciendo.

CAPÍTULO XII

La sala de proyección era tan espaciosa que Burt Fioreman calculó que allí había más butacas que en el «Booway Theatre» de Nueva York. Unas seis mil personas permanecían acomodadas en la planta baja, atentas todas a la gran pantalla sincronizada con una voz que iba explicando aquellas sugestivas escenas.

Burt Fioreman permanecía con seis «inmortales» en la cabina de proyección sintiendo de vez en cuando el contacto suave y perfumado de la mano de Irina Celi, que nada más entrar allí con sus compañeros maniobró hábilmente para situarse en la butaca vecina.

Burt Fioreman se dijo que en el fondo debía sentirse halagado. Desde hacía días a él le trataban de forma distinta a aquellos 2.500 marinos y mujeres también raptados, con los que no había podido entrar en contacto por estar alojados en otras dependencias colectivas de la gigantesca nave.

Antes de llevarlo allí, Irina había entrado en la habitación que le habían destinado, anunciándole tan feliz y contenta como una colegiala:

—Hoy iremos al cine, Burt. ¡Como una pareja de novios!

Él nunca dejaba de mostrarse mordaz y le había contestado:

—Con una gran diferencia, Irina... ¡Que tú puedes ser la abuelita de toda la Humanidad!

—Pues precisamente vas a ver a todos mis descendientes Burt... ¡Millones y millones de nietos, pasando sin cesar a través de la larga noche de los siglos!

Irina Celi no le había engañado.

Lo que estaban viendo sus ojos era la historia de la Humanidad, como si algún misterioso cameraman hubiera podido estar presente con su mágica cámara filmando las portentosas escenas de un mundo en formación que era la Tierra.

Por otra parte, el montaje de aquellas escenas era perfecto; el realizador de la película debía ser un superdotado, con amplios conocimientos de lo que hacía. Las épocas geológicas se enlazaban magistralmente, sucediéndose las distintas fases de la formación de la Tierra hasta la creación de los mares y los perfiles de los continentes, que más tarde sufrían los períodos glaciales.

Y la voz anunciaba por los altavoces:

—He aquí el relato de una gran aventura, la aventura de la raza humana. Jamás se podrá contar una historia más emocionante. Ante ustedes desfilarán

las escenas de cómo el Hombre, hace miles y miles de años, comenzó a su vida en la Tierra, de cómo aprendió paulatinamente a servirse de las fuerzas de la Naturaleza; de cuántas cosas pensó, puso en obra y realizó. Van ustedes a ver moverse en esta pantalla reyes y héroes, sabios e inventores, poetas y artistas, santos y profetas, a la par que millones de seres vulgares que no dejaron recuerdo ni nombre, pero que amaron y odiaron, conocieron alegrías y penas, gozo y sufrimiento, representando cada uno su minúsculo papel en el gran drama de la. Vida de la Humanidad...

Las escalofriantes escenas no dejaban de sucederse en la pantalla, reclamando la atención general en un silencio sólo roto por la voz que continuaba:

—Advertirán que esta aventura será relatada con concisión suma, para que se pueda apreciar en su conjunto, aunque no en una serie de episodios inconexos, sino como un vasto espectáculo único. Así es como hay que ver la Historia. Y como protagonista principal... ¡La raza humana!

Burt Fioreman estaba maravillado. No alcanzaba a comprender cómo y quién había podido filmar todo aquello. No se trataba sólo de que los escenarios eran naturales, sin ficción posible, sino de lo magistral de aquella filmación, que en muchas ocasiones llegaba a recrearse en detalles tan nimios como el inquieto parpadeo de un reptil gigante, o en los movimientos lentos de los monstruosos antediluvianos, que Burt Fioreman creía hasta entonces que ningún ojo humano había podido ver vivos.

Sin embargo, allí estaban, bien vivos, peleando entre sí, trasladándose de un lugar a otro en busca de su alimento y anunciando la voz que explicaba las escenas:

—... y a medida que pasó el tiempo, se desarrollaron unos tipos de seres que ya podían vivir por completo en la Tierra. Llamamos a este nuevo período Edad de los Reptiles, pues el tipo de ser aparecido entonces lo fue otro que el reptil, qué se reproducía por medio de huevos dejados al sol para su incubación. Estos reptiles aprecien que fueron mucho más grandes que cualquiera de los que se pueden encontrar ahora en la Tierra, llegando a medir ciertas especies, desde la cabeza hasta la cola, hasta treinta metros. Algunos de ellos se acomodaron en los árboles y criaron alas, en un principio semejantes a las del murciélago, hasta que más tarde se fueron aproximando al tipo de pájaro actual...

»Acaso debido a cambios de temperatura y a la dificultad de encontrar alimento, todos esos grandes reptiles y dinosaurios fueron desapareciendo. La forma de vida inmediata a estos animales son mucho más parecidas, como pueden observarse en la pantalla, a las que se conocen ahora. Así aparecieron los mamíferos y los pájaros. Estas formas de vida eran ya superiores a las que habían existido anteriormente; poco a poco fue desarrollándose también su

capacidad mental en una evolución de tipos cada vez más perfectos, hasta llegar... ¡ahí los tienen!, a la etapa del mono...

Al llegar aquí, Burt Fioreman recordó que él tenía sus creencias, adquiridas durante sus años juveniles de estudios en el colegio. Pero las escenas no dejaban de sucederse en la pantalla y la voz continuaba diciendo:

—Resulta difícil decir cuándo apareció sobre la Tierra el verdadero tipo humano. Las opiniones autorizadas difieren mucho en esta cuestión. Lo único que podemos decir es que hubo un mamífero que logró superar a todos los demás en capacidad, desarrollando un cerebro muy superior: así aprendió a usar sus patas delanteras a manera de manos, se puso en pie y... ¡La aventura propiamente dicha de la Humanidad empezó!

Burt Fioreman sintió, una vez más, la presión de la mano femenina de Irina Celi sobre su piel, susurrándole al oído:

—¿Te gusta, Burt?

—Sí, pero no estoy muy de acuerdo con eso último que ha dicho.

John Golman les miró como recomendándoles silencio y nuevamente la pantalla reclamó toda la atención de Burt Fioreman, que siguió viendo la sucesión constante del desarrollo de la raza humana sobre la faz del planeta.

Y así, ante sus maravillados ojos fueron desfilando escenas reales de los primeros utensilios de piedra; de las armas de bronce; del apogeo de Babilonia y del florecimiento de la civilización en Creta; del establecimiento de los fenicios; el comienzo de la expansión de los pueblos héteos; de la Edad de Oro de la civilización cretense; del auge del Imperio egipcio y de la grandiosidad de sus faraones; de la invasión de los pueblos arios de la India; de los comienzos de la expansión asiría; del empleo del hierro, coincidiendo con el máximo esplendor del imperio heteo y las invasiones arias en Grecia. Asimismo, el rey Salomón; la adopción del alfabeto en los pueblos de Grecia; el comienzo de las ciudades-estados griegos; los lejanos días del poeta Homero; el apogeo del imperio asirio; los profetas; los caldeos conquistando Nínive; los pueblos hebreos, con su posterior influencia en la historia de toda la Humanidad; la incipiente astrología caldea; las primeras acuñaciones de moneda; el impetuoso rey Ciro de Persia y su conquista de Babilonia; la primitiva república romana; los días de Buda y Confucio; la célebre batalla de Maratón entre los griegos y los pueblos asiáticos; la esplendorosa época de Pericles y el apogeo del arte y la literatura griegos, con todo el desfile de sus más grandes filósofos: Los primeros pasos en la astronomía, las matemáticas y la medicina; el gran Alejandro Magno; la posterior rivalidad entre Roma y Cartago; la dinastía Han en China; la formidable, expansión de Roma; los triunfos que cambiaron el rumbo de la humanidad a cargo de César, Pompeyo, Augusto, con la consiguiente constitución del fuerte Imperio romano...

Todo era tan real, tan auténtico, que desde su butaca Burt Fioreman creía

vivir esa fantástica aventura del Hombre que desfilaba ante sus ojos. Una vez más pensó en la formidable realización de aquella película y siseó al oído de Irina Celi:

—¿Cómo lo habéis conseguido? ¡Todo eso ahí filmado parece real!

La mujer de los grandes ojos azules agitó su cabellera rubia al girar la cabeza hacia él, musitándole:

—No lo parece, Burt... ¡Es real!

—Pero, Irina, por favor... Nadie puede haber filmado a Sócrates dialogando con sus discípulos, ni a Alejandro Magno cuando realizaba sus conquistas en Asia y en la India. Ese Julio César que ahora sale ahí no puede ser el mismo que...

—¿Quieres callar? —le recomendó la mujer —. Luego te lo explicaré todo.

No le costó guardar silencio porque, una vez más, la sucesión de escenas que se proyectaban ante sus ojos reclamaba toda su atención. Y se tensó sobre la butaca al ver a Jesucristo durante el famoso sermón de la Montaña hablando a sus discípulos y a miles de seguidores, que parecían escuchar su voz divina al pie de aquella histórica colina, en donde había tenido lugar el milagro de los panes y de los peces. Y sintió un nudo de emoción en la garganta al ver la escena de la Cruz: y sus oídos quedaron prendidos en la voz que iba explicando las escenas, al oír que en aquellos pasajes de película comentaba:

—... y el mensaje de Dios llegó a la Tierra, pero los hombres no hicieron caso a Su Enviado. Por eso vemos ahora en estas escenas las luchas y las guerras fratricidas que siguieron a aquel período, en las que los pueblos se desgarraban entorpeciendo y retrasando el desarrollo de la civilización que, no obstante, aunque a trompicones, siguió avanzando...

Viendo la abyección del emperador Nerón, Calígula y otros degenerados mandatarios romanos, Burt Fioreman no pudo menos que pensar que los pueblos se habían hecho acreedores a todos los males que sufrieron. Viendo la destrucción del orgulloso Imperio Romano con las invasiones de los bárbaros, comprendió que el mundo necesitaba savia nueva; al ver la creación del feudalismo, se dijo que había sido un intento fallido de los grandes señores, ansiosos de sacudirse el yugo de los ineptos y caprichosos reyes que no supieron gobernar; desfilando ante él la creación de los grandes reinos como Francia, España o el de Inglaterra, asistió a la creación de las nacionalidades que, más que la disparidad de las razas, nuevamente volvieron a dividir a la especie humana...

A medida que los acontecimientos se acercaban a un mundo más comprensible al de él, se horrorizó con las grandes guerras napoleónicas,

aumentó su perplejidad ante la llamada Primera Guerra Mundial del 1914 al 1918, y casi se levantó de su butaca al asistir a la total destrucción de la ciudad japonesa de Hiroshima, cuando un presidente, norteamericano como él, dio la orden para que fuera lanzada la primera bomba atómica, que al poco poma fin a la Segunda Guerra Mundial, acaecida entre los años 1939-1945, de ello hacía ahora nada menos que trescientos cincuenta y siete años...

Luego venían los pasos gigantescos que el hombre había dado en la conquista de la Luna, en el establecimiento de estaciones espaciales, con el posterior lanzamiento, siglo y medio después, de las astronaves espaciales que habían conseguido aterrizar en Marte, Venus, Mercurio y Júpiter.

Pero la cámara se recreaba en las escenas de pequeñas guerras locales que en este último período del hombre en la Tierra habían tenido lugar: Corea, Indochina, Argelia, Congo, Vietnam, Yemen, Laos, otra vez el Congo, Kenia...

La guerra llamada de los «Seis Días», que no obstante había durado durante veinte años entre los estados árabes y el pueblo judío, merecía un capítulo aparte y la cámara había captado muchos pormenores de aquel conflicto local, que a punto estuvo de desembocar en una Tercera Guerra Mundial al entrar las grandes potencias en una fantástica carrera de armamentos atómicos, que amenazaron con destruir la Humanidad.

Por eso, la voz pausada que haba estado acompañando toda la larga proyección, terminó diciendo mientras en la pantalla aparecían las vistas de la Vía Láctea y las lejanas nebulosas del Universo:

—La lección termina por hoy. En sucesivas proyecciones todos ustedes irán aprendiendo una cosa que no deben olvidar: El futuro de la Humanidad no está en la Tierra, ese raquítico planeta de ínfimo orden en la escala sideral, al que tendrán que ir olvidando. El futuro de la raza humana está más allá de las estrellas, en nuestro Universo-Isla, en donde muy pronto estarán por los siglos de los siglos...

La pantalla quedó oscura, las luces se encendieron en la gran sala y el rebullir y los comentarios de los seis mil espectadores levantó un murmullo general que apaciguó nuevamente el altavoz al ordenar:

—Vayan levantándose por filas y diríjanse a las salidas laterales. Los ascensores los trasladaran a sus aposentos colectivos de diez en diez. ¡Todo debe hacerse con disciplina y orden! ¡En pie la primera fila!

Burt Fioreman también se puso en pie, al ver que John Golman lo hacía seguido de Irina Celi, Noel Caine y otros «inmortales» que habían presenciado la proyección desde allí.

Y al caminar junto a la mujer rubia, volvió a pedir:

—Prometiste explicarme cómo habéis conseguido filmar todo eso.

—No tengas prisa, Burt. ¡Lo haré!

CAPÍTULO XIII

No había duda de que estaban en el fondo del océano y, a juzgar por los gruesos témpanos de hielo que de vez en cuando pasaban ante aquella mirilla del gran submarino, en la parte norte del Pacífico, posiblemente ya bordeando el paralelo setenta, donde empezaba el Océano Glacial Ártico. Burt Fioreman calculó que, de no ser por algún chorro de vapor que desprendía el sumergible en torno de él, el hielo los atenazaría dejándoles allí prisioneros. Pero cuando preguntó sobre esto, John Golman se había limitado a decirle:

—Es un riesgo, pero también el sitio más seguro. Así, ninguna flota nos podrá localizar. Cuando tengamos que salir a la superficie para despegar, ya nos abriremos camino por entre el hielo.

Irina Celi le había indicado después de cenar que le esperase en aquella sala, y cuando entró, le saludó alegremente:

—¡Hola, Burt! Ahora podré satisfacer tu curiosidad. Durante la cena no he creído conveniente hablar de todo eso.

—Ante todo, vayan por delante mis felicitaciones, Irina. ¡Tenéis unos cocineros excelentes!

La respuesta tuvo, la virtud de dejarle una vez más perplejo, no sabiendo si reír o quedar serio al escucharla.

—Es natural, el encargado de la cocina fue el chambelán particular de Enrique VIII de Inglaterra... Se llama Sergio MacKoy...

Burt Fioreman prefirió tomarlo a broma y a su vez exclamó:

—¡Así se explica, Irina! Un tipo que viene preparando guisos desde hace 793 años, cuando mangoneaba en la cocina del glotón de Enrique VIII que reinó en Inglaterra en 1509, ya puede tener experiencia, ¡caray!

—Te lo tomas a broma, pero es así, Burt. ¿O es que aún no te has convencido de que somos inmortales?

—La verdad, me ha sorprendido mucho el realismo de ese maravilloso film. Ni nuestros mejores directores de Hollywood consiguieron jamás una cosa igual. De presentarlo a los certámenes os llevaríais todos los premios.

—Eso sólo es un documental, Burt. Y los personajes reales han sido los protagonistas.

—¡Ya he visto! Ciro, Pericles, Sócrates, Alejandro Magno, Nerón, Atila, los Reyes Católicos, Napoleón... Si actuaron para vosotros, el film os habrá salido muy barato.

—Sólo inversión de trabajo y de tiempo.

—Bueno, Irina... ¡Eso os sobra! ¿No es así?

—Veo que sigues en plan irónico, Burt. ¿Tanto te cuesta admitir que nosotros existíamos mucho antes de que la vida empezase aquí, en la Tierra?

No contestó, pero la miraba fijamente cuando ella añadió:

—¿O es cuestión de orgullo?

—No es orgullo, Irina, es una cuestión de sensatez.

—Bien, ya que hablas de sensatez, abordemos el problema desde ese ángulo.

Hizo una pausa antes de preguntar, sorpresivamente:

—¿Has estudiado astronomía, Burt?

—Sí, forma parte de los estudios de la Marina.

—Tienes razón, perdona la pregunta. Pero ¿hasta qué punto has ahondado en esa materia?

—Digamos que lo normal.

—Entonces sabrás que hay millones y millones de sistemas solares muy parecidos al vuestro. Y eso en lo que, para entendernos, vosotros llamáis la Vía Láctea.

—Así es, Irina. ¡Gracias por recordármelo!

—Lo hago para que abandones de una vez tu tono irónico y te detengas a pensar si la Vida, en su esencia más pura, sólo puede haberse dado en la Tierra. Te aconsejo que des alas a tu espíritu y consideres si el Sumo Creador no ha podido también favorecer con sus dones a otros sistemas solares, cuya constitución es millones y millones de años mucho más antigua que la vuestra.

—¿Estás hablando de vuestro Universo-Isla?

—¡A él me refiero!

—De todas formas, aun admitiendo la existencia de esa Vida que dices, no puede ser que sea igual que la nuestra.

—¿Por qué no? En física se dice que a iguales circunstancias y medios, iguales resultados. Sólo existe una diferencia: nuestra creación es muchísimo más antigua que la vuestra y, por tanto, de muchísima más duración. Pero eso es una cuestión de tiempo, Burt. Vosotros, incluso por sí solos, ya llegaréis a vivir más... ¡Muchísimo más que ahora!

—Los hombres y las mujeres normales... ¡Jamás llegarán a ser inmortales, si a eso te refieres!

—Todo es relativo, Burt, depende del rasero con que se midan las cosas. Para una de vuestras libélulas que revolotean caprichosamente sobre vuestros ríos, un día significa toda la vida: en esas veinticuatro horas nacen, crecen, se multiplican, aman, llegan a su cénit... ¡y mueren! ¡Ya ves tú! Es un ciclo que si alguna libélula llegase a romper y durar lo que una de vuestras vidas normales, a ella se le antojaría una eternidad. ¿No lo crees así?

—¿Y vosotros habéis roto vuestro ciclo primitivo, el normal?

—Siempre, Burt, en su escala evolutiva, los seres se perfeccionan en el aspecto biológico y también en el científico, amigo mío. Qué duda cabe que el promedio de vuestra vida actual es muy superior al de hace diez, veinte o treinta siglos. ¡Eso tú lo sabes muy bien!

—Hay más higiene, nuestra vida es más racional que la de nuestros remotos antepasados y estamos sometidos a menos enfermedades, menos lucha, menos vicisitudes.

—¡Tú lo has dicho, Burt! Y de ahí saca un axioma: perfecciona el medio ambiente, suaviza las condiciones y perfeccionarás también la raza.

Burt Fioreman reflexionó un instante, antes de abordar la cuestión desde otro plano:

—Hablas de perfección y según me habéis dicho vosotros sois infecundos.

—Lo somos, porque en el juego de posibilidades una cosa compensa otras. La sabia Naturaleza no es ciega, como muchas veces se cree. A poco que pienses adivinarás el caos que se crearía si unido a nuestra eterna duración, pudiéramos multiplicarnos con vuestra facilidad.

—Entonces, tenéis planteado un serio dilema. ¡El vuestro será un mundo de viejos!

—No lo creas, Burt. ¿Te parezco vieja yo?

—No Irina. ¡Pero tú misma has dicho que lo eres!

—Para vuestras medidas, sí, Burt. ¡Pero no para las nuestras! Te he dicho antes que todo es relativo.

—Relativo o no, es una papeleta tener que venir a otro mundo para robar hombres y mujeres.

Con cierta resignación, la mujer se encogió de hombros al admitir:

—Es un tributo que venimos pagando desde siempre. Cuando nos enteramos que en esté Sistema Solar la vida empezaba a florecer con similares condiciones a nuestro Universo-Isla, nos desplazamos y empezamos a observar.

Burt Fioreman se dio una palmada en la frente, recordando la proyección que había estado viendo en la sala y exclamó:

—¿A eso se debe vuestro fantástico documental?

—A eso, Burt, durante siglos de formación geológica pudimos acercarnos sin precauciones. Luego, cuando el hombre salió de la ceguera de su primitiva animalidad y empezó a mirar al cielo, haciéndose poeta y soñador, tuvimos que andar ocultándonos. No obstante, a veces nuestras astronaves eran descubiertas de siglo en siglo y de ahí nacieron todas esas fantásticas leyendas que adornan vuestra poética Mitología... Carros de fuego, aerolitos que viajaban por el espacio, cometas errantes, el caballo Pegaso griego... ¡Qué sé yo!

Volvió a hacer otra pausa antes de recordar y añadir:

—Últimamente sobre los años 1945 al 1970, les llamabais «Platillos Volantes», creando una sociedad con las siglas de OVNI.

—¿Por qué nunca quisisteis entrar en contacto directo y amistoso con nosotros, Irina?

Con cierta tristeza, la mujer rubia exclamó:

—¡Nunca nos habéis entendido, Burt! Hundidos en vuestros propios problemas, juzgáis al Universo por vuestros sentimientos y con los mismos patrones. Esto lo sabemos muy bien por nuestras representantes.

—¿Representantes?

—Sí... Como sir Edward Frankesheimer, tenemos muchos. Hombres y mujeres que aparecen aquí y allá a través de los siglos y en los más diversos países, y que nos tienen informados de cómo discurre la vida en la Tierra.

—¡Sir Edward Frankesheimer! ¡Quién lo hubiera dicho!

—Sobre todo... ¡Es un hombre muy poderoso!

—¿Por qué no? El sistema está muy bien montado. Un...

Se interrumpió, volviendo a aflorar su ironía al rectificar sonriente:

—¡Perdón! He querido decir que es un «inmortal» muy poderoso.

—Puedes llamarnos hombres y mujeres. Ya ves que nuestra apariencia es exactamente igual.

Ahora, con cierta galantería, él añadió, recreándose en la contemplación de la bella silueta femenina:

—No, Irina, iguales no. ¡Sois ejemplares magníficos! Aunque no sé... no sé. Tengo la impresión de que sois como esas armoniosas estatuas griegas que deslumbran por su belleza, pero que resultan terriblemente frías al estar

construidas con mármol.

—¿Tú crees, Burt?

Irina Celi le sonreía, mientras paso a paso se iba acercando a él, con los brazos extendidos hasta que enlazó sus manos tras el cuello de él. Los dos se miraron intensamente y la mujer musitó levemente:

—¿No te ves capaz de romper la frialdad del mármol con tu fuego vital, Burt?

Más que deseo de besar a la bella mujer, le empujó la curiosidad.

Y cuando lo hizo, Burt Fioreman supo una cosa: el paso de los siglos no había enfriado los labios carnosos de Irina Celi...

CAPÍTULO XIV

La lectura de aquel libro resultaba en cierta forma desconcertante: había pasajes que no llegaba a comprender del todo, aunque otros debía admitir que le gustaban.

Sobre todo aquél que empezaba, así:

«Con referencia a la inmortalidad, mi firme convicción es que si hay algo en mí de algún valor permanente y utilidad al Universo, éste sabrá cómo preservarlo. Lo que en mí haya que no sea de valor y utilidad permanente, ni podrá ni deberá ser conservado...»

¡No estaba mal aquello!

¿O era que empezaba a acostumbrarse a la forma de pensar de Irina Celi y sus amigos?

Después de todo, no podía luchar contra ellos y no tenía ni la más remota posibilidad de fugarse de aquel submarino gigante para reintegrarse al mundo en que había nacido. Un mundo en el que sería uno más entre tantos millones de hombres, que esperaba extinguirse una vez cubierto su ciclo normal.

Mientras que allí, con ellos...

¿Llegaría también a ser un «inmortal»? A veces, cuando le asaltaban estas dudas, se tocaba el vientre deseando palpar el aparato que le habían acoplado al cuerpo. Todas estas ideas le obsesionaban, horrorizándole algunas veces y otras entreteniéndole en vislumbrar un futuro que se le antojaba alucinante.

Vivir siglos y siglos, quizá ser uno de los elegidos para enviarle otra vez a la Tierra y llevar una existencia tan fabulosa como la del propio sir Edward Frankesheimer. Ver pasar las sociedades humanas ante él como el agua de la corriente de un río inagotable, como mero espectador, pero al mismo tiempo formando parte de esa corriente.

Convertirse en un pozo de ciencia, llegar al fondo de la sabiduría: Llegar a conocer la naturaleza humana, como ningún otro mortal la había llegado a conocer. Estrechar manos de hombres y mujeres que a los setenta, a los ochenta años, morirían, y poder hacer lo mismo con sus hijos, sus nietos, sus biznietos, conservando la frescura y la lozanía de sus energías.

¿Cómo es que le había ocurrido a él, un simple teniente de la Marina, una aventura tan portentosa?

Jamás había soñado con una cosa igual.

Y luego, viajar por el espacio infinito a millones de años-luz, hacia el mismo centro de la remota Vía Láctea, hacia aquel Universo-Isla del que le hablaba Irina, donde todo era tan similar a la Tierra, pero sin sus defectos ni complicaciones.

¿Acaso no sería eso ya estar sumergido en la propia eternidad?

¡Dios era infinito!

Él, simple mortal, ahora tenía ocasión de comprobarlo.

Conocería parte de su inmensa sabiduría. Sabría de otra Vida también creada por Él. Conocer aquellos secretos no menguaría su fe, sino todo lo contrario. ¡La acrecentaría, al poder vislumbrar más su grandiosidad!

Sí, el pasaje de aquel libro tenía razón: si algo había en él que debiera perpetuarse en el Universo, por medio de Irina y sus amigos se iba a perpetuar. Sería como un nuevo Adán, puesto en un planeta remoto en el Edén de un singular Paraíso.

Pero con una diferencia sustancial: él, Burt Fioreman, teniente de Marina, era un ser civilizado; podría, hablarle a sus hijos de otro mundo, asoldándoles con sus experiencias en la construcción del nuevo perdido en medio del Cosmos.

¡Alucinante! ¡Fantástico! ¡Increíble!

* * *

—¿Contento, Burt?

—Sí, Irina; una vez, no sé si fuiste tú o John Golman, me dijisteis que llegaría a agradeceros todo esto. Bien, no han tenido que pasar años para que sea así. He estado pensando mucho y, bien mirado, no dejo mucho aquí, en la Tierra.

—Nada, comparado con lo que te ofrecemos, Burt.

—Lo sé, Irina. Por eso estoy contento y me siento feliz. Sólo me falta irme acostumbrando a la idea.

—Tendrás tiempo durante el viaje. ¡Es algo largo!

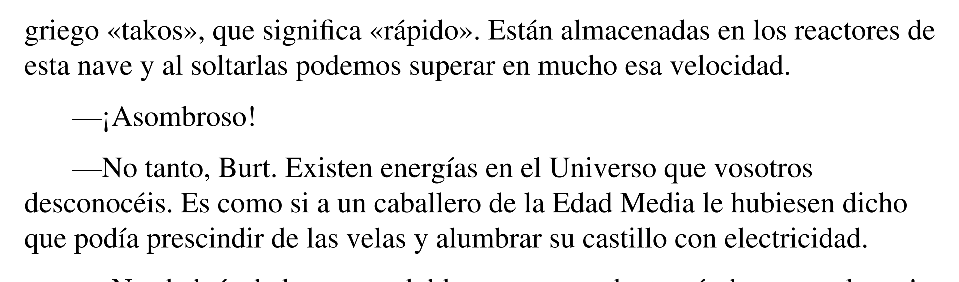
—¿Mucho? ¿Crees que podremos resistirlo nosotros?

—Nosotros viajamos mucho más rápido que la luz.

Burt Fioreman no pudo por menos que exclamar:

—¿A, más de trescientos mil kilómetros por segundo?

—Sí, existen otras partículas superluminosas llamadas taquiones, del



griego «takos», que significa «rápido». Están almacenadas en los reactores de esta nave y al soltarlas podemos superar en mucho esa velocidad.

—¡Asombroso!

—No tanto, Burt. Existen energías en el Universo que vosotros desconocéis. Es como si a un caballero de la Edad Media le hubiesen dicho que podía prescindir de las velas y alumbrar su castillo con electricidad.

—¡Nos habría dado un mandoble con su espada, tomándonos por locos!

—Vosotros no podéis caer en esas aberraciones, Burt. El espíritu siempre debe estar abierto a nuevas posibilidades, a nuevos horizontes.

—El mío empieza a estarlo, y ha sido gracias a vosotros. ¡Particularmente a ti, Irina! ¿Seguirás siempre junto a mí?

La mujer rubia le dio la espalda, poniéndose a mirar la profundidad del mar helado a través de la gruesa capa transparente que cubría la mirilla. Sus dedos repicaban nerviosos allí al decir con un hilo de voz:

—Tendremos que elegirte una compañera, Burt. ¡Tú tienes que cumplir una misión específica!

—Sí, claro... Lo sé, para eso me habéis traído aquí.

Se acercó a ella, tomándola por los hombros con sus manos y sintiendo el roce de sus cabellos rubios en el rostro. Hacía días que luchaba contra aquella atracción, pero no podía. ¡Era más fuerte que él!

—Irina, yo...

—¡Calla, por favor, Burt! ¡No digas nada!

—¿No podríais hacer una excepción? Yo podría hacer como todos los enamorados: jurarte amor eterno. ¡Pero en nuestro caso sería verdad! ¡Podríamos amarnos por los siglos de los siglos!

—Sería maravilloso, Burt, pero...

Se volvió hacia él, le miró intensamente a los ojos y tomándole de las manos, musitó:

—Vamos, Burt... Precisamente he venido para llevarte a la computadora. ¡Debe elegir tu pareja ideal!

—¡No necesito eso, Irina! ¡Mi corazón ya te ha elegido a ti!

—¡No seas niño! Sabes que eso no puede ser... ¡Vamos!

* * *

El hombre qué manejaba la complicada computadora confrontó las diversas fichas una vez más. John Golman vio que meneaba la cabeza dubitativamente y al fin preguntó:

—¿Qué pasa, doctor Brazzi?

—No sé, John. ¡Hay algo que no funciona aquí!

—¿De qué fichas se trata?

—De las de Burt Fioreman. ¡Rechaza toda confrontación!

John Golman plegó sus labios en una muda sonrisa. Luego dijo como para sí:

—¡Lo temía! Ese hombre ya ha elegido por sí mismo su pareja.

El doctor Brazzi siguió confrontando los resultados, al añadir:

—Hay más, John: ese individuo no resistiría el largo viaje. El injerto, como en algunos otros casos, no es aceptado del todo por su organismo. Existen algunos síntomas de rechazo que no sé si podrá superarlos. Sería arriesgado llevarle...

* * *

John Golman tenía una alta responsabilidad y jamás había dejado de cumplir con su deber. Por eso se dispuso a salir del laboratorio, pero tras ordenar tajantemente:

—Queda eliminado. ¡Ya sabe lo que tiene que hacer, doctor Brazzi!

—Sí, John. ¡Se hará!

Al girar para dirigirse hacia la puerta, John Golman se encontró con los ojos grandes e intensamente azules de Irina Celi. Ninguno de los dos parpadeó y se miraron en silencio. Él continuó avanzando y al llegar junto a la puerta la mujer sólo indagó:

—¿No harás una excepción si te lo pido yo, John?

—Irina, sabes que...

—No pasará nada, John. Podemos someterlo al tratamiento «A». Ahora está muy ilusionado y sería un golpe muy duro para él. Prefiero que recuerde las cosas a medias, que tenga siempre la ilusión que todo esto no ha sido nada más que un sueño a tener que...

Secamente, John Golman preguntó en tono tajante, con cierto reproche:

—¿Te has enamorado de él, Irina?

—¡Sí!

—¡Es absurdo!

—¡No tan absurdo! ¿No te enamoraste tú de la duquesa Alexandra Taranova?

—Sí, y recuerda que también hicimos aquella excepción y lo qué le pasó a la pobre mujer. ¡La dejamos aquí y todos sus contemporáneos la tomaron por loca!

—Eran otros tiempos. ¡El zar Nicolás fue un salvaje!

—Ahora le pasaría lo mismo a Burt Fioreman.

—No lo sé, John. ¡No lo sé! Pero lo importante es que viva. ¡Que siga viviendo aún!

—¿Y si su injerto se readapta? ¡Se convertiría en un fenómeno entre los humanos!

—Si es así, si logra sobrepasar su ciclo de vida normal, él sabrá cómo readaptarse. En otro viaje, nosotros le localizaremos y vendrá con nosotros. ¡Tenemos que hacer esta excepción, John! ¿No ves que me sentiría terriblemente responsable? ¡Yo le elegí para esto!

John Golman parecía dudar, pero al fin admitió:

—Vamos, Irina. Lo someteremos al Gran Consejo.

CAPÍTULO XV

El destino quiso que Burt Fioreman fuera el único ser humano que presenciase aquel espectáculo.

Desde su embarcación, confusamente aturdido, vio cómo el océano se abría y de sus profundidades surgía una enorme masa que al instante empezó a ascender a velocidad vertiginosa, para perderse a los pocos segundos en el espacio.

Sentía una cosa muy extraña en la cabeza, como si las ideas bailasen en su cerebro, incapaces de permanecer fijas y quietas para ser analizadas. Por eso no llegaba a comprender por qué él estaba allí, en mitad del océano y en aquella embarcación, viendo ascender hacia el cielo una enorme masa de fuego que terminó perdiéndose entre las nubes.

Tampoco supo por qué se puso a manipular los mandos de aquella embarcación y durante horas y horas (quizá días) se mantuvo firmemente allí eligiendo un rumbo al azar, como si en realidad supiese hacia dónde iba.

Cuando despertó, estaba en la cama de una habitación que se le antojó muy extraña. Logró incorporarse y vio sentado en una silla a un hombre que debía ser un enfermero. Lucía un lacio bigote rubio y sobre la bata blanca unas letras bordadas anunciaban: «Moscova II».

Que era un marinero de la flota rusa lo indicaba también la revista que tenía entre las manos; dejó de leer al oír que se movía y habiéndole en esperanto el idioma internacional le preguntó afablemente:

—¿Cómo te encuentras, camarada?

—Bien... Creo... creo que perfectamente bien. ¿Qué ha pasado?

—Te hemos recogido junto a las costas noruegas. Por cierto, que en una embarcación bastante extraña, aunque... ¡Muy bien construida! Como no llevabas ninguna documentación encima, no sabemos aún quién eres.

—Fioreman... Burt Fioreman, teniente de la Marina de los Estados Unidos de América.

El marino enfermero se había acercado a él y, señalándole el vientre quiso saber, siempre en tono amable y amistoso:

—¿Qué tienes ahí?

—¿Dónde?

—En el vientre. Al examinarte, el doctor Wladimir ha encontrado un

cuerpo extraño.

—¡Ah! Eso es un injerto.

—¿Un injerto? ¿De qué, camarada?

Burt Fioreman volvía a sentir que las ideas empezaban a bailotear en su cerebro. Era aquélla una danza absurda, como si hubiese bebido y...

—Pues... realmente no lo sé, chico. Una vez me operaron y me metieron eso. ¡Creo que fue para hacerme inmortal!

—¿Inmor... qué?

—Sí... ¡Inmortal! ¡Para vivir eternamente!

—¡Tú estás chiflado! Cuando te recogimos, empezaste a hablar de una mujer rubia, de un Universo-Isla y no sé de cuántas tonterías más.

Empezaban a mirarle con recelo y, tras una breve pausa, aún indagó:

—¿De veras te llamas Burt Fioreman y perteneces a la Marina de tu país?

El enfermo guardaba silencio, mirando hacia todos lados, como si se esforzase en recordar. Sólo al cabo de algunos minutos logró despegar los labios para musitar:

—Pues... No... No sé si me llamo así o lo he soñado. A veces creo que me llamo John Golman... O Noel Caine... ¡No estoy muy seguro!

—Lo mejor será que le cuente todo esto al doctor Wladimir.

Antes de salir se detuvo en la puerta, indagando, entre alarmado y receloso:

—¿Seguirás quietecito ahí o tengo que atarte?

—Hombre... Creo que seguiré en la cama. ¿Crees que estoy loco?

—¡No sé, camarada! No sé... has debido pasar muchas horas en el mar y a veces...

* * *

El comandante del navío ruso resumió la situación diciendo:

—Bien, camaradas, creo que lo mejor será dejar a ese hombre cerca de las costas de Inglaterra. No queremos complicaciones diplomáticas, máxime cuando no hace mucho han desaparecido misteriosamente dos mil quinientos marinos del portaaviones norteamericano «Dakota».

Ninguno de sus oficiales despegó los labios, lo que le permitió añadir:

—Por otra parte, existe la cuestión de la embarcación donde le encontramos. Bien analizada, resulta que es de una construcción bastante compleja y extraña. Eso nos puede servir y el Alto Mando de nuestra Marina la examinará a placer, sin tener que devolverla a los Estados Unidos ni dar cuenta de nada. Ese individuo no se acuerda de nada: dice cosas incoherentes que no tienen lógica. Habla de inmortalidad, de un Universo-Isla y parece estar chiflado...

Nuevo silencio que el comandante del «Moscova II» rompió para seguir:

—Si por casualidad ese hombre pertenece a la dotación desaparecida del «Dakota», tendremos que explicar cómo le encontramos a diez mil millas más al norte del lugar donde el mando americano suponía que estaba en buque. Nosotros diríamos la verdad, pero ellos no nos creerían. Lo más fácil es hacer lo que digo.

Se levantó, dio una leve palmada sobre la mesa y dijo a sus oficiales:

—Veo que han aprobado mi propuesta. ¡Que le desembarquen!

* * *

Burt Fioreman despertó sobre unos peñascos al norte de Escocia y sintió frío. Sus ropas estaban mojadas por la brisa marina y el oleaje que rompía a pocos metros de él sobre los escollos.

Aquello era muy distinto al agradable clima de las islas Hawaii, pero no supo de una forma cierta por qué su mente hacía aquella comparación. Tampoco sabía por qué le extrañaba no vestir su uniforme de marino. Lo único que sabía ciertamente es que sentía hambre, frío y ganas de dormir.

Se puso a caminar hacia un pueblo que distinguió al fondo, a varias millas de las rocosas costas. Era una pequeña aldea de pastores y labradores y allí no había ninguna autoridad. Los primeros habitantes que encontró le preguntaron de dónde venía y él dijo, señalando al fondo:

—De allí, del mar... Pero creo que vengo de otro mundo. De un Universo-Isla donde los hombres somos inmortales.

Todos se apartaron de él mirándole con recelo e insistió, señalándose al vientre:

—¡Es cierto! ¡Aquí tengo mi regenerador de células! ¡Yo no moriré nunca, amigos!

Patrick MacDonowal hacía las veces de alcalde de la pequeña comunidad de escoceses y paternalmente se dirigió al extraño visitante.

—Creo que necesita descansar, joven. Venga a mi casa. Le daré otras

ropas y, si busca trabajo, aquí lo hay de sobra. ¿Sabe ordeñar vacas?

—¿Yoooo? Creo... creo que no he visto una vaca viva en mi vida, señor. Tengo una vaga idea de que soy marino y...

—No importa, joven, se aprende pronto. ¡Mi hija le enseñará!

Con el tiempo, aprendió a ordeñar vacas y hasta empezó a sentirse feliz allí. La hija de Patrick MacDonowal era una muchacha robusta, con poderosas caderas y largas trenzas rubias. A veces, el náufrago se las acariciaba con infinita dulzura y decía:

—Tienes unos cabellos muy bonitos. ¡Como los de Irina Celi!

Pero nunca aclaraba quién era aquella Irina Celi, y la rolliza campesina pensó que sería algún viejo amor de aquel hombre culto, educado y trabajador, que a veces entretenía a toda la aldea contándoles cosas muy fantásticas y divertidas.

Pero un día los dejó, diciéndoles:

—Creo que debo averiguar quién soy realmente. El mundo es muy grande y yo tengo mucho tiempo. Me pondré a recorrerle y un siglo viviré en un país y al siguiente en otro. De aquí a cuatrocientos o quinientos años volveré por aquí y rezaré ante vuestras tumbas., porque todos vosotros habéis sido muy buenos y cariñosos conmigo. Os prometo traeros muchas flores, porque entonces seré muy poderoso y rico... El tiempo es lo que más vale ya mí me sobrará. ¡Soy inmortal!

Sintieron su marcha, pero Patrick MacDonowal le dejó ir pensando que aquello podía ser contagioso, terminando con la tranquilidad de la apartada aldea...

* * *

Un día, presidiendo el Consejo de Administración de una poderosa compañía, Burt Fioreman recordó de pronto quién era y ante el asombro de sus consejeros, interrumpió la reunión. Se levantó de su asiento.

El largo informe de los accionistas había sido muy aburrido y él había estado pensando en sus cosas. Sintió que los confusos recuerdos se perfilaban claramente en su cerebro, escalonándose y ocupando cada uno su lugar correspondiente. Aquello era demasiado importante para seguir prestando atención a los monótonos informes de aquellos hombres sentados en torno a la larga mesa y, nuevamente sorprendiéndoles, se volvió hacia ellos.

—¿Dónde tenemos un calendario, señores? —preguntó.

—Ahí, sir Frankesheimer... Usted nunca lo ha querido renovar, por ser un

recuerdo de su bisabuelo.

—¿De mi...? ¡Ah, sí! Ustedes perdonen, amigos.

Caminó hacia el viejo instrumento de oro y plata labrada que medía el paso del tiempo hasta por fracciones de segundo, fijándose en las cifras.

Quedó confuso.

Aquel reloj indicaba que estaban a 2 de junio del año 2426...

Terminó por sonreír y, tocándose con ambas manos el vientre, dejó boquiabiertos a todos los miembros de su poderosa compañía.

—Sí... Mi «reloj» sigue funcionando también... ¡Es un regenerador de células formidable!

No le comprendieron, pero a él no le importó mucho. Se volvió de nuevo y caminó con paso elástico hacia la puerta, anunciándoles jovialmente:

—Hace un día maravilloso, amigos. ¡Voy a nadar en la piscina!

FIN

Próximo número:

Los habitantes de las colonias terrestres en el cuarto planeta habían sido exterminados por unos atacantes que pretendían instalarse allí. Sus propósitos eran apoderarse de Marte y así el planeta quedaría convertido en

MARTE, BASE DE ATAQUE

CLARK CARRADOS

Otros títulos de este autor
recientemente publicados:

FUERZA TOTAL

C. Ficción, 51

HIERRO PARA MATAR

H. Bélicas, 691

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



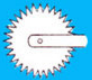
SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.



HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.



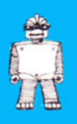
ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.